
HARLEQUIN
Jazmin
NUEVOS SENTIMIENTOS
MARIE FERRARELLA

Estaba embarazada del hermano de aquel hombre…

Al besar al hermano de su difunto esposo, la más sorprendida fue la propia Lori O'Neill. Quizá fueran las hormonas, revolucionadas por culpa del embarazo, pero lo cierto era que de pronto veía a Carson de un modo muy diferente. Carson no había dejado de ayudarla desde que había perdido a su esposo, pero a medida que se acercaba el momento del parto, Lori se daba cuenta de que quería algo más que un hombro sobre el que llorar. Quería confesarle lo que sentía por él… y cómo con sólo estar a su lado se le ponía la piel de gallina. Tenía una última oportunidad para darle a su hijo el padre perfecto, pero… ¿estaría Carson preparado para ser el marido de Lori?



Marie Ferrarella

Nuevos sentimientos

Jazmín (The Mom Squad, 4) - 2002

ePub r1.0
LDS 23.06.18

CAPÍTULO 1

PARECES cansada —dijo Carson O'Neill. Su cuñada sonrió y Carson se fijó en los deliciosos hoyitos que se formaban en su barbilla. Él no era un hombre que se fijara en hoyitos. Cuando estaba trabajando, se fijaba en pocas cosas.

Pero, de una forma inconsciente, se fijaba mucho en Lori O'Neill desde que el azar y su difunto hermano, Kurt, la habían puesto en su camino.

Carson siempre había cuidado de los demás. No era algo que hubiera decidido hacer, ni siquiera era algo que admitiese querer hacer. Era, sencillamente, así. Como, por ejemplo, cuidar de su madre cuando su padre los había dejado. 0 de su hermano menor. 0, más bien, intentar hacerlo.

0 su trabajo como director del centro para jóvenes marginados San Agustín, un sitio en el que había muchos chicos y muy poco dinero, pero que, gracias a su esfuerzo, permanecía abierto.

Carson tomó una pelota de baloncesto que lo había golpeado en la pierna y se la lanzó al chico que se la pedía.

El no buscaba responsabilidades, sencillamente las encontraba en el camino. Estaban allí, esperándolo.

Cuando su padre se marchó de casa su madre se derrumbó, de modo que, a los quince años, Carson se había convertido en el cabeza de familia.

No había sido nada fácil. Kurt era un desastre, aunque un desastre encantador, y él, que quería mucho a su hermano, había hecho todo lo posible por ayudarlo, incluso prestándole dinero en ocasiones. Muy a menudo, en realidad.

A pesar de los esfuerzos de Carson por encaminar su vida, Kurt se había matado en un accidente de motocicleta.

La muerte de su hermano, un año después de la de su madre, debería haberlo liberado del papel de patriarca, pero no había sido así. Tenía que pensar en Lori y le había parecido lo más lógico acoger a la esposa embarazada de su hermano.

Aunque Lori no se lo había pedido.

Ella era una mujer independiente y eso era precisamente lo que más le gustaba de ella. Pero también estaba embarazada y, tras la muerte de Kurt, había tenido que enfrentarse a un montón de deudas.

El refrán «las desgracias siempre vienen juntas» se le podía aplicar perfectamente. Un mes después de la muerte de Kurt, la empresa para la que trabajaba como diseñadora gráfica se había declarado en bancarrota y Carson había decidido echarle una mano.

Había hecho lo mismo al enterarse de que el centro para jóvenes marginados en el que Kurt y él habían pasado su adolescencia estaba a punto de cerrar sus puertas por falta de fondos.

Su ex mujer, Jaclyn, se había enfurecido cuando le había dicho que iba a dejar el bufete para dirigir el centro. Pero Carson había descubierto que ser abogado no le daba ninguna satisfacción. Sólo era un medio para conseguir un fin. Un fin que para Jaclyn era muy importante: dinero. Pero él necesitaba algo más. Algo que diera sentido a su vida.

El abrupto cambio no le había gustado nada. Jaclyn le había dicho que era un loco… y muchas cosas más. Carson no sabía que su esposa conociera tantas palabrotas hasta que las había usado contra él.

El último insulto lo había sorprendido: cándido.

Eso demostraba lo poco que lo conocía después de tantos años de matrimonio. Él era pragmático, no emocional. Encargarse del centro era algo que había que hacer, por muchas razones.

Además, él no era tonto ni exageradamente bondadoso. No tenía el corazón blando. De hecho, no sentía nada. Sobre todo, después de que Jaclyn lo dejara, llevándose a su hija de dos años. Su corazón latía, sencillamente, sin sentir nada.

Como el de Lori, pensó, mientras le indicaba que entrara en su oficina, que no tenía nada que ver con el lujoso despacho que había tenido una vez.

Normalmente, Lori parecía totalmente incansable, capaz de

enfrentarse con todo lo que la vida le pusiera por delante. La única vez que la había visto triste había sido en el funeral de Kúrt.

Pero incluso entonces había insistido en consolarlo a él. Aunque Carson no lo había permitido. El era su propia persona, su propia fortaleza. Siempre había sido así. Él era quien era, un solitario. Carson sabía que no podría ser de otra forma aunque quisiera.

—¿Qué? —preguntó Lori, intentando leer la expresión de su cuñado.

Pero Carson siempre había sido inescrutable. Al contrario que Kurt. Era fácil saber lo que Kurt estaba pensando con sólo mirarlo a los ojos. Y, normalmente, intentaba esconder algo.

—Te he estado observando —dijo Carson—. Pareces cansada.

Lori negó con la cabeza.

—No, no estoy cansada. Sólo un poco abrumada por la energía de los chicos —contestó, señalando el patio, donde los chavales se reunían para jugar y para liberar toda la agresión., toda la tensión que causaba vivir en un barrio marginal.

Luego, suspirando, se dejó caer sobre la silla, intentando no pensar en el trabajo que le costaría levantarse.

Quizá sí estuviera cansada, pensó. Pero no quería que Carson lo notase.

Al otro lado de la puerta podía oír los gritos de los chicos. Chicos que, si no fuera por los esfuerzos de Carson O'Neill, no tendrían ningún otro sitio al que ir. No tendrían a nadie a quien contarle sus problemas.

Lori miró a su cuñado con afecto. Carson había dejado un lucrativo bufete para que otros pudieran tener la oportunidad de conseguir una vida decente.

Cualquiera de aquellos chicos podría haber sido Kurt o Carson en su adolescencia. Su marido le había contado detalles de su infancia que le habían dejado helado el corazón. La vida era dura entonces.

Los dos hermanos habían conseguido salir de la calle aunque, en cierto modo, Kurt nunca dejó de ser uno de esos chicos. Eso fue lo que lo mató.

Carson era completamente diferente. Era muy serio, comedido y responsable, Carson había elegido ir por el camino recto. Trabajaba mucho y, gracias a una beca deportiva y a su trabajo, se había

pagado él mismo los estudios mientras cuidaba de su hermano y su madre.

El pensaba que su destino era ser abogado y, nada más terminar la carrera, consiguió trabajo en un prestigioso bufete.

Hasta que, hacía tres años… treinta y ocho meses exactamente, su cuñado hizo el enorme sacrificio de dejar el bufete para dirigir el centro juvenil que había sido su salvación. Pero eso tenía un precio.

Carson había cargado con todo y, además, había perdido a su esposa.

Kurt estaba en contra de esa decisión. Según él, dejar el bufete era una estupidez. Llevaba toda la vida intentando salir de aquel barrio y ahora que lo había conseguido…

Kurt no lo entendía. Pero su marido no entendía de sacrificios. El nunca había sido tan generoso.

Y Carson siguió adelante con su idea, a pesar de todo. A pesar de las protestas de su mujer y a pesar de que ésta se marchó, llevándose a su hija antes de pedir el divorcio.

Lori sabía que perder a su hija había sido un golpe muy duro, pero él nunca hablaba de ello. No le abría su corazón a nadie.

También se habría hecho cargo de ella si se lo hubiera permitido, pero Lori no lo había permitido. Ella era una mujer adulta, no una muñeca. Y tras la muerte de Kurt, había decidido seguir adelante con su vida. Había muchas madres solteras en el mundo, se decía, no sería la única.

Había aceptado el puesto en el centro cuando Carson le había asegurado que no se lo ofrecía por caridad. Era el tipo de trabajo solidario que le gustaba y eso, unido a las clases de parto sin dolor que daba dos veces por semana, la ayudaba a pagar las facturas. Y tendría que seguir así hasta que encontrase algo mejor.

Lori pensaba que, siendo positiva, todo tenía que salir bien.

—Estás embarazada. Quizá deberías descansar un poco —estaba diciendo su cuñado en ese momento—. Vete a casa, anda.

—No puedo. Rhonda no ha venido hoy.

Carson arrugó el ceño. Rhonda Adams era su ayudante. Y últimamente, Rhonda faltaba mucho al trabajo. Tendría que preguntarle qué pasaba. El problema era que encontrar a alguien que trabajase muchas horas por tan poco dinero no era precisamente fácil.

—Eso es asunto mío, no tuyo.

—Te equivocas, también es asunto mío —replicó Lori—. Lo será mientras tú me pagues todos los meses.

—No te pago yo, te paga la fundación —le recordó Carson. El dinero de la fundación y los donativos eran lo que mantenía abierto el centro, pero apenas llegaba para nada.

—Era una forma de hablar, letrado —sonrió Lori.

—No me llames así. Ya no soy abogado. Quizá estuviera un poco antipático últimamente. Y no sabía por qué.

—Pues deja de hablar como si lo fueras.

—Lo digo en serio, Lori. No debes agotarte. Estás embarazada, aunque no lo parezca.

Carson la miró detenidamente de arriba abajo. Pequeña, rubia y de ojos azules, Lori era una chica tan delgada que el embarazo casi parecía un espejismo, como si la brisa hubiera entrado por la ventana levantando un poco su blusa.

Lori se llevó las manos al abdomen. Se había sentido embarazada desde el momento de la concepción. Lo había sabido de alguna forma; había sabido que había algo diferente, que no era como otras veces cuando hacía el amor con su marido.

Y, a pesar de las palabras de Carson, ella se sentía enorme.

—Gracias, pero yo me siento como si llevara un pavo relleno bajo la blusa.

—Pues me parece a mí que el pavo comía poco —bromeó Carson—. ¿De cuánto estás, de siete meses?

—De ocho —suspiró ella—. Pero, ¿quién está contando?

Ella estaba contando. Contaba los días, las horas que faltaban para el momento del parto, deseando tener algo más de tiempo. Quería prepararse para aquel momento colosal que cambiaría su vida.

Pero nadie adivinaría sus sentimientos, porque estaba decidida a mantener una fachada de seguridad. Tenía que hacerlo porque daba clases del método Lamaze en el hospital Blair dos veces por semana. Las mujeres que acudían a las clases necesitaban su apoyo… especialmente tres chicas solteras que se habían convertido en sus mejores amigas. El escuadrón de mamás, las solía llamar.

Lori sonrió para sí misma. Si ellas supieran los nervios que le entraban cada vez que pensaba en el parto, no habrían encontrado

sus clases tan relajantes.

Echaba de menos a las chicas. Pero C.J., Joanna y Sherry ya habían tenido a sus niños y, curiosamente, también habían encontrado a tres hombres con los que compartir sus vidas.

Ella sólo tenía las deudas de Kurt.

«Deja de compadecerte», pensó. «También tienes a Carson».

Lori miró al hombre que era una versión más seria, más madura, de su difunto marido. Contar con la ayuda de su cuñado era fundamental para ella.

No se apoyaba en él, al menos no demasiado, pero saber que estaba a su lado era importante. Carson le había ofrecido el trabajo en el centro cuando su empresa quebró. Y también había conseguido las clases en el hospital gracias a él.

Entre eso y algún trabajo esporádico como diseñadora gráfica, lograba llegar a fin de mes. Y, sobre todo, la ayudaba a pasar los días.

Kurt nunca había sido un hombre en el que se pudiera apoyar, pero lo había querido mucho. Y le había perdonado mucho, sobre todo su incapacidad para madurar y portarse como una persona responsable. Y también alguna infidelidad que otra. Pero no le perdonaba que hubiera muerto tan joven.

Seguía lidiando con ello.

Kurt no tenía por qué haber retado a la muerte, haberse arriesgado sólo para demostrarse a sí mismo que estaba por encima de todo. Iba a ser padre y no tenía derecho a hacer eso.

Lori dejó escapar un suspiro. Así era Kurt, encantador, pero irresponsable.

—¿Ocho? —repitió Carson.

Ella levantó la mirada. Carson se había olvidado. Pero, claro, tenía muchas cosas en la cabeza además de su embarazo. Como buscar fondos para el centro, por ejemplo.

—¿De tanto tiempo?

—Lo dices como si fuera una enfermedad terminal.

—No, es que no me había dado cuenta… —de repente, se le ocurrió una idea—. Puedo conseguir que te den la baja por enfermedad…

—No estoy enferma —lo interrumpió Lori.

—Ya lo sé, pero la baja por maternidad no empieza hasta que

des a luz.

—Pues me quedaré hasta que dé a luz.

—No deberías venir a trabajar, Lori. Tienes que cuidarte.

Carson no entendía por qué no quería descansar un poco. Cuando Jaclyn estaba embarazada, había insistido en contratar a una mujer para que limpiara la casa. Y cuando nació Sandy, Hannah se había quedado para cuidar de la niña.

Jaclyn siempre había dicho que ella era demasiado delicada como para limpiar la casa y cuidar de una niña. Y Carson no había dicho nada porque la quería y porque era su mujer.

Y porque estaba loco por su hija.

En realidad, Hannah había cuidado de Sandy mejor que Jaclyn y a él no le importaba pagar por eso. Nada era suficientemente bueno para su hija.

—Me estoy cuidando —insistió Lori. Estaba acostumbrada a cuidar de sí misma. Lo llevaba haciendo desde los veinte años. Y cuando conoció a Kurt, también tuvo que cuidar de él.

—Pero deberías estar en casa…

—Si me quedo en casa me volveré loca. ¿No lo sabes, letrado? El trabajo es terapéutico. Y hablando de trabajo, tengo que volver al patio. Se supone que estoy haciendo de árbitro en un partido de baloncesto.

Lori se apoyó en los brazos de la silla para levantarse. El movimiento fue un poco brusco, un poco repentino, y empezó a darle vueltas la cabeza.

Las paredes se convirtieron en un borrón… Lori intentó desesperadamente controlarlo, pero tenía la frente cubierta de sudor y se le nublaba la vista.

Y luego, nada.

Después, lo primero que sintió fue que alguien la sujetaba. Y calor, mucho calor.

Tenía los ojos cerrados y tuvo que hacer un esfuerzo para abrirlos. Al hacerlo, se encontró mirando los ojos azules de Carson. Eran más oscuros que los de Kurt. Y mucho más serios.

Lori intentó bromear:

—¿No te dijo tu madre que si arrugas el ceño se te quedará esa cara para siempre?

—Mi madre me dijo pocas cosas —contestó él.

Le había dado un susto de muerte desmayándose así. No sabía qué pensar, qué hacer. Alguien debería repartir libros de instrucciones sobre las mujeres. Incluso una enciclopedia entera.

Carson la llevó hasta el sofá de piel marrón y la dejó sobre él con todo cuidado.

—¿Quieres que llame al médico?

—No, lo que quiero es que dejes de mirarme como si estuviera a punto de explotar.

Carson miró el pequeño bulto donde estaba su futuro sobrino o sobrina. A veces era fácil olvidar que Lori estaba embarazada. Era tan pequeña… ¿cómo podía haber otro ser humano dentro de ella?

Pero ocho meses eran ocho meses.

—Es que estás a punto de explotar, aunque no sea muy fino decirlo así.

Lori se puso una mano sobre el abdomen. Podía sentir que el niño se movía y eso siempre la asombraba. Tres meses moviéndose y aún no se había acostumbrado a la sensación.

—No —le aseguró con la misma voz pausada que usaba en las clases de parto sin dolor—. Por el momento, no. Las mujeres embarazadas se marean a veces, Carson. Es uno de los pocos placeres de estar embarazada. No te preocupes.

—¿Por qué tienes que ser tan cabezota?

—Porque eso es lo que me saca adelante.

—Al menos, deja que te lleve a casa.

Lori negó con la cabeza.

—He venido en mi coche.

—¿Y qué? Iremos en él.

—¿Y cómo vas a volver?

—¿Tienes que pensarlo todo tanto?

—No lo puedo evitar. Me lo habrás pegado tú —sonrió Lori, intentando incorporarse—. Bueno, ya estoy bien.

Pero Carson no la soltó.

Estaban muy cerca. Y Lori sentía cosas que una mujer en su condición no debería sentir… por el hombre que no era responsable de que estuviera en esa condición.

CAPÍTULO 2

LORI miró las manos de su cuñado. Manos grandes, fuertes, capaces. Unas manos que, en aquel momento, estaban en sus brazos, sujetándola para que no pudiera levantarse del sofá.

—¿Carson?

—¿Qué?

—No puedo ir a ningún sitio si tú me sujetas.

Carson sabía que debería soltarla. Su cuñada era una mujer adulta, más que capaz de tomar sus propias decisiones. El siempre había creído en el «vive y deja vivir», pero a veces Lori era demasiado obstinada.

—A lo mejor es que no quiero que vayas a ningún sitio.

—Tarde o temprano, alguno de los dos tendrá que ir al cuarto de baño. Y, en mis condiciones, seguramente la primera seré yo. Prefiero no tener que pedir permiso.

Carson dejó caer las manos, exasperado.

—Si vuelves a desmayarte te llevo a casa digas lo que digas. Te estaré vigilando.

—No lo dudo —sonrió Lori.

Carson intentó no fijarse en esa sonrisa, pero era imposible. La sonrisa de su cuñada siempre le había gustado. Fue en lo primero que se fijó al conocerla. Su bonita figura fue lo segundo.

—¿Por qué me miras con esa cara? —preguntó él

—Porque nunca pensé que mi ángel de la guarda tendría aspecto de futbolista.

Carson soltó una risita. Lo habían acusado de ser muchas cosas, pero nunca un ángel. Ni siquiera su madre y, desde luego, nunca su mujer.

—Tengo que aprender mucho antes de convertirme en el ángel guardián de alguien.

Había algo en sus ojos… ¿qué? ¿Tristeza? Pero desapareció

enseguida. A Carson no le gustaba sentirse conmovido, Lori lo sabía. Aun así, le dio un golpecito en la mejilla. Su cuñado siempre estaba a su lado, dispuesto a ayudarla. Y no pensaba olvidarlo.

—No tanto como crees. Bueno, me voy a trabajar.

Pero cuando iba a salir del despacho una joven morena abrió la puerta y entró, a punto de colisionar con ella.

—¡Ay, perdona! He estado a punto de acelerar el parto, ¿eh?

—Eso no habría pasado si llegaras al trabajo a tu hora, Rhonda —la regañó Carson.

La chica, de unos veinte años, puso cara de pena.

—Lo siento, jefe. Chuck decidió tener una pataleta esta mañana.

Carson arrugó el ceño. El novio de su ayudante le recordaba mucho a Kurt.

—Dile a tu novio que se porte como un adulto o búscate otro.

—Lo siento. No me pagas lo suficiente como para eso.

—No tendría que hacerlo si tu próximo novio tuviera un trabajo.

Por lo que sabía, el novio de Rhonda vivía en su casa sin pagar un céntimo. Chuck estaba «entre trabajo y trabajo», pero llevaba así desde que había conocido a su ayudante.

Igual que Kurt. Carson le había dado la charla a su hermano muchas veces, especialmente desde que se había casado con Lori. La respuesta de Kurt siempre era reírse, como si estuviera de broma. Decía que estaba buscando su sitio.

Desgraciadamente, no había tenido tiempo de encontrarlo.

—¿Qué quieres, que me busque un gruñón como tú, jefe? No, gracias —sonrió Rhonda—. En fin, me encantaría seguir charlando, pero tengo cosas que hacer. Hasta luego.

—Ya no tienes excusa, Lori —dijo Carson cuando se quedaron solos.

—¿Cómo?

—Que Rhonda se quedará con los chicos. Puedes irte a casa.

—No vas a parar hasta que me vaya, ¿eh?

—No.

—Muy bien, de acuerdo —suspiró ella—. Me gusta tener contento al jefe.

Carson se cruzó de brazos.

—Sí, y por eso yo soy la viva imagen de la alegría.

Lori lo miró de arriba abajo.

—Se te nota —rió, mientras salía del despacho.

Sabía que Carson la estaba mirando e intentó caminar en línea recta… es decir, sin balancearse como hacía últimamente debido al peso. Y sin ponerse la mano en los riñones. Las mujeres embarazadas hacían eso y Carson parecía pensar que estar embarazada era estar enferma. Pero ella no era de las que se quedaban en casa.

Lori fue al pasillo donde estaban las taquillas de los chicos y cuando Carson no pudo verla, se llevó la mano a los riñones para darse un masaje. Para ser tan pequeñito, el niño pesaba una barbaridad.

Después de estirarse un poco abrió su taquilla. Recordaba perfectamente el número de la combinación. Tenía buena memoria para los números. Se sabía de memoria no sólo su documento de identidad, sino el de la seguridad social, su cuenta bancaria, las fechas de cumpleaños de sus amigos, la matrícula de su coche…

Pero mientras estaba abriendo la taquilla le pareció oír algo. Lori se quedó parada un momento y volvió a oír el ruido. Era un sollozo, estaba segura.

Sorprendida, asomó la cabeza por el pasillo. En la esquina, en cuclillas, estaba una de las chicas que no había ido a entrenar por la mañana. ¿Qué le pasaría? ¿Algún problema con el novio?

—¿Angela?

La chica levantó la mirada.

—Angela, ¿te pasa algo?

—Nada —contestó ella, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Otra persona habría desistido, pero Lori no.

Para ella, trabajar en aquel centro era algo completamente diferente a lo que había hecho hasta entonces. Allí, el problema de los chicos no era que les faltase el último videojuego; les faltaba ropa, comida, las cosas más básicas. Allí la vida era de un color mucho más oscuro.

Pero para eso estaba el centro San Agustín, para pintar un arco iris sobre las sombras de la vida.

—Sé que te pasa algo. Nadie llora por nada, Ángela —insistió Lori. Pero la chica seguía en silencio—. Soy una mujer muy paciente, no pienso irme hasta que me digas qué te pasa. Venga, a

lo mejor puedo ayudarte.

Angela negó con la cabeza.

—Nadie puede ayudarme —suspiró, con enorme tristeza—. Bueno, a lo mejor un médico.

En ese momento, Lori entendió. Y sintió pena por ella. Era tan joven… Y viviendo una pesadilla que, en aquel barrio, vivían muchas chicas de su edad.

—¿Te has metido en un lío, Ángela?

Era una expresión muy antigua, pero acertada. Porque una adolescente embarazada desde luego estaba metida en un lío.

—Ya te digo —suspiró la chica.

—¿De cuánto estás?

—No lo sé —Ángela se encogió de hombros—. Creo que han pasado dos meses.

—Tienes que ir al ginecólogo.

—Sí, a ver si puede quitarme esto.

Lori negó con la cabeza. No quería que pensara que estaba sugiriendo un aborto. Esa decisión sólo debía tomarla Ángela.

—No, alguien que te diga de cuánto estás y cómo te encuentras. Puede que no estés embarazada, puede que sea otra cosa.

Aunque otras posibilidades eran igualmente aterradoras.

—¿Como qué?

—Eso es lo que tiene que decirte el ginecólogo. ¿Tienes uno?

—Hay una en la calle Figueroa. Dicen que es bastante decente.

Lori pensó en su ginecóloga, una mujer en la que confiaba desde hacía años. La doctora Sheila Pollack era más una amiga que una ginecóloga.

Y Ángela necesitaba alguien así, alguien en quien pudiera confiar, alguien que no le diera miedo.

—Muy bien, ve a verla.

—Pero dicen que no hace abortos.

La chica seguía pensando sólo en esa posibilidad.

—Tómate tu tiempo. Si estás embarazada, deberías hablar con tu madre.

Ángela la miró como si hubiera sugerido una barbaridad.

—Sí, ya, para que me mate. No, gracias.

Cuando Lori intentó pasarle un brazo sobre los hombros, Angela se apartó, desdeñosa, como si hubiera perdido la confianza en ella.

—Puede que te sorprenda su reacción.

—Las únicas sorpresas que me da mi madre son los novios que lleva a casa —contestó la chica, apartando la mirada.

¿Uno de esos novios habría querido pasarse con ella? No sería la primera vez que algo así le pasaba a una chica del centro.

—Si quieres, puedo hablar con tu madre.

Ángela enterró la cabeza entre las manos.

—Lo que quiero es no estar embarazada.

—Primero, debes saber si lo estás.

—¿Y luego?

—Y luego… luego ya veremos. Ve paso a paso, Ángela. Cuando vengas mañana quiero que me digas que has ido al ginecólogo.

La chica asintió con la cabeza, limpiándose la cara con las manos.

—Para ser una mujer embarazada, es usted muy mandona.

—No eres la primera que me dice eso —Lori le pasó un brazo por los hombros, sonriendo.

No podía apartar el rostro de Angela de su mente. Mientras daba la clase de parto sin dolor, Lori no dejaba de ver la cara de aquella chica.

Casi podía verla allí, tomando clases para el monumental cambio que se avecinaba en su vida…

Pero las clases no eran suficiente. Ni para ella ni para una niña de quince años.

Las clases que Lori daba con tanta autoridad enseñaban a las mujeres a parir con el menor dolor posible, pero no les enseñaban qué hacer después. Y para ser madre había que saber algo más que cómo bañar a un niño. Mucho más.

Lori esperó hasta que hubo salido la última pareja para cerrar la puerta. El edificio, un pequeño anexo detrás del hospital, tenía un aspecto solitario a pesar de que las luces estaban encendidas.

O quizá le pareciera así porque ver a Angela en una esquina aquel día había despertado sus inseguridades y sus miedos. Tampoco ella podía pedirle ayuda a su madre.

Echaba de menos a su madre, pensó Lori no por primera vez mientras abría la puerta de su Honda Civic. La echaba muchísimo

de menos.

La leucemia se la había robado doce años antes. Y un infarto se había llevado a su padre cuando estaba en la universidad.

A los veinte años, Lori estaba sola en el mundo. Entonces Kurt apareció en su vida y para ella fue como si, por fin, hubiera salido el sol.

Y allí estaba, ocho años después, empezando de nuevo. La actitud positiva que veía todo el mundo en ella no era auténtica al cien por cien. Había momentos en los que desearía de verdad tener a alguien en quien apoyarse.

Pero tenía a alguien: Carson.

¿Sería la maternidad tan maravillosa como le había parecido al principio de su embarazo?, se preguntaba. Porque últimamente, la idea de ser madre le producía pánico.

Le quedaba muy poco para salir de cuentas y, aunque en parte se sentía como si llevara embarazada toda la vida, otra parte no quería llegar al final, no quería ser responsable de otra persona.

—Sé lo que estás pasando, Angela —murmuró.

En aquel momento, seguramente se sentiría sola y asustada. Quizá si la llamara por teléfono para ver cómo estaba y para preguntarle si había ido al ginecólogo, la pobre chica perdería un poco el miedo.

Pero no tenía su número de teléfono. Y tampoco sabía dónde vivía. El número seguramente estaría en el ordenador de Carson.

Lori giró en la siguiente calle y se dirigió al centro San Agustín.

En coche, el centro estaba sólo a quince minutos de su casa, pero era como otro mundo. Allí las calles eran estrechas y las casas no eran precisamente elegantes. Las ventanas parecían mirar los coches que pasaban sin esperanza alguna. Las farolas aumentaban las sombras en lugar de iluminar la calle. Y a Lori se le encogió el corazón.

Aquél era el barrio en el que Kurt y Carson habían crecido, pensó. El vecindario que habían intentado dejar atrás.

Pero Carson había vuelto. Por decisión propia.

Las luces del centro estaban encendidas y Lori miró su reloj. Eran más de las ocho. ¿Qué estaba haciendo Carson allí?

CAPÍTULO 3

EN EL aparcamiento del centro sólo quedaba la camioneta de Carson. El otro coche estaba en el garaje de su casa, al lado del Buick Skylark que llevaba tres años restaurando. Lori tenía la impresión de que restaurar aquel coche era lo único que le hacía feliz de verdad.

«Todo el mundo necesita algo», pensó, mientras entraba en el centro y se quedaba mirándolo desde la puerta del despacho.

Carson era un hombre muy guapo. Más guapo que Kurt. Tenía una madurez muy atractiva, a la que su marido no había podido llegar.

Pero lo que su cuñado necesitaba era salir más, animarse un poco.

En aquel momento parecía un hombre que llevara el peso del mundo sobre sus hombros. Carson O'Neill no era un hombre que compartiera sus problemas con nadie. Pensaba que tenía que hacerlo todo personalmente para que saliera bien. No sabía delegar…

Él levantó la mirada en ese momento.

—No puedo librarme de ti, ¿eh?

—No.

—¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Y cómo has entrado?

—Me diste una llave, ¿recuerdas?

—Ah, así aprenderé a no darle llaves a todo el mundo —sonrió él, poniéndose las manos en la nuca.

—¿Mucho trabajo? —preguntó Lori.

Él señaló la pila de facturas, que aumentaba cada día.

—Buscar dinero no es fácil.

Lori tomó una de ellas. Era la factura de la luz. Debajo estaba la

del teléfono, la del gas… Todas sin pagar.

—¿Problemas?

Él sacudió la cabeza. No estaban pasando por un buen momento. El centro San Agustín no era famoso y, por lo tanto, no estaba en la lista de la gente que hacía donativos de forma regular. Si cerraban sus puertas, nadie se daría cuenta. Nadie más que los niños que tanto lo necesitaban.

Carson suspiró.

—Es más que eso. Es un desastre. Estoy intentando manejar unos gastos del año 2003 con un presupuesto de los años 50.

Pero conseguiría el dinero para pagar esas facturas. Y al mes siguiente lo conseguiría también. Lo había hecho antes.

Lori sonrió.

—Creo que éste es el momento en el que Mickey Rooney salta sobre la mesa y grita: «¡Chicos, vamos a salvar el centro montando un espectáculo!».

Carson entendía de qué estaba hablando porque lo había obligado a ver viejas películas de Mickey Rooney una vez que tenía un resfriado, años atrás. Kurt estaba fuera de la ciudad y Jaclyn lo había dejado, de modo que Lori apareció en su casa con un caldo de pollo y un montón de viejas películas para animarlo. Fue entonces cuando empezó a envidiar a su hermano.

Carson arrugó el ceño. Pero ahora no necesitaba una película, sino un milagro.

—¿La gente de verdad se creía esas películas?

—Por supuesto. Les encantaban.

—Ya, pero nosotros no podemos montar un espectáculo.

—Pero podríamos organizar una fiesta para recaudar fondos.

—¿Qué?

Ese tipo de fiestas eran organizadas por millonarios a beneficio de causas bien conocidas como Unicef o Cruz Roja.

Pero Lori estaba dándole vueltas a la cabeza. Podría contar con el novio de Sherry y el de Joanna. Los dos hombres eran millonarios. Si pudiera funcionar…

—Conozco a un par de personas que conocen a otras personas que podrían echarnos una mano.

Quizá hubiera llegado el momento de reencontrarse con el Escuadrón de las mamás. Hacía tiempo que no las veía. Además,

había sido ella quien les había puesto el nombre, quien las había unido.

—Por lo que yo sé, siempre se apuntan a una buena causa.

Carson la miraba, incrédulo. Nadie podía acusar a Carson O'Neill de ser un optimista, no.

—¿Se puede saber qué tienen esas vitaminas que tomas por las mañanas?

Estaba soñando, así de sencillo. Y los sueños no servían de nada.

—Energía —contestó Lori.

—Como que te hace falta —rió Carson.

—Esta tarde te quejabas de que parecía cansada y ahora… No hay forma de complacerte, ¿eh?

—No tienes que complacerme, Lori…

—No, pero me gustaría intentarlo. Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque mereces ser feliz.

—Según mi ex mujer, no.

—¿Y qué sabrá ella? —replicó Lori. Nunca le había gustado Jaclyn, que había resultado ser una buscavidas y una egoísta—. Si fuera inteligente, seguiría siendo tu mujer.

Carson se puso colorado. Nunca había sabido aceptar un piropo.

—¿Se puede saber qué haces aquí, por cierto?

—He venido a buscar el número de teléfono de Angela.

—¿Ángela?

—Una chica alta y delgada del equipo de baloncesto. Morena, de ojos oscuros… la que siempre se está riendo.

—Ah, ya. ¿Para qué quieres su número?

Lori vaciló antes de contestar:

—Quiero saber cómo está.

—¿Por qué? ¿No puedes encontrar a nadie de tu edad para jugar?

—No digas bobadas. Esto es serio.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Pues… que la pobre tiene problemas. Por eso quiero saber cómo está.

La expresión de Carson decía que no iba a conseguir el teléfono a menos que le diera una explicación. Además, él era el director del

centro y quien más se preocupaba por los chicos.

—Cree que podría estar embarazada.

Él abrió mucho los ojos, sorprendido.

—Pero si tiene… ¿qué, trece años?

—Quince —contestó Lori.

Trece, quince, a él le parecía lo mismo.

—Una cría.

—Pues sí, una cría, desde luego. Pero así es la vida.

Carson se pasó una mano por la cara.

—¿Y cómo te has enterado?

—Me la encontré llorando en el pasillo.

—¿Su madre lo sabe?

—Me temo que Ángela tiene miedo de contárselo.

—Yo también lo tendría si me hubiera quedado embarazada a los quince años.

Lori soltó una carcajada.

—Si te hubieras quedado «embarazada» a los quince años habrías salido en los periódicos. Lo habrías hecho si te hubieras quedado embarazada a cualquier edad.

—Muy graciosa.

Quizá estuviera bien que Ángela hablase con Lori. Al menos, ella podría entenderla, pensó, mientras buscaba el número en el ordenador.

—Aquí está, Ángela Coleman.

—¿Tienes la dirección?

—No, de eso nada. No quiero que vayas allí.

—¿Por qué?

—Porque estás embarazada.

—¿Y qué, las mujeres embarazadas no pueden conducir?

—Lori, es un barrio muy conflictivo. Hay que tener cuidado.

—Pero Ángela vive allí.

Carson dejó escapar un suspiro. Algún día, esa actitud iba a meterla en un buen lío.

—No vas a ir.

—¿Por qué crees que puedes darme órdenes?

—Porque soy tu jefe. Y porque soy más grande —contestó él, apagando el ordenador.

Lori arrugó el ceño.

—A tu modo, y a pesar de lo rarito que eres, te preocupas por mí, ¿verdad?

—Ahí dentro tienes a mi sobrino o sobrina y eso me da derecho a decirte que no hagas el tonto.

Ella se quedó pensativa.

—La echas de menos; ¿verdad?

—¿A quién?

—A Sandy.

El nombre de su hija hizo que Carson apretara los labios.

—La veo muy poco.

—¿Por qué no te tomas un día libre? Ve a verla…

—No puedo. Tengo derechos limitados de visita.

Era verdad. Carson se lo había contado una noche, la única vez que lo había visto borracho. Jaclyn, furiosa con él, había decidido usar a su hija para vengarse.

—No es justo.

El se encogió de hombros. No podía hacer nada.

—¿Quién ha dicho que la vida sea justa? Venga, te acompaño al coche.

—Muy bien.

—¿No vas a discutir?

—Puedo hacerlo si te apetece tener una bronca.

—No, déjalo.

—¿Tú también te vas? —preguntó Lori, tomándolo del brazo.

Carson intentó no notar lo cerca que estaban. Intentó no pensar que el gesto le resultaba incómodo y consolador al mismo tiempo.

—No se puede sacar leche de una alcuza.

—Oye, por cierto, lo decía en serio.

—¿Qué decías en serio? Tú dices muchas cosas.

—Lo de la fiesta para recaudar fondos.

A Carson no le gustaba ir suplicando dinero, pero no era para él, era para el centro. Quizá ésa fuera la solución, pero estaba demasiado cansado aquella noche.

—Hablaremos mañana.

—¿De verdad?

—He dicho que hablaremos mañana, ¿no?

Contenta, Lori le echó los brazos al cuello para darle un beso.

Sólo iba a ser un besito inocente.— Así fue como empezó.

Pero entonces el beso se convirtió en otra cosa.

El contacto de sus labios abrió una puerta, permitiendo que algo que ambos llevaban escondido saliera a la superficie.

Algo cálido.

Y urgente.

Sorprendida, Lori lo miró a los ojos mientras se apartaba. Exactamente un segundo antes de volver a besarlo. Con mucho más sentimiento.

Carson quería detenerla. Estaba besando a su cuñada, por Dios bendito. Aquello no debería estar pasando.

Pero el sabor de aquellos labios era irresistible. Despertaban sentimientos que él habría jurado que estaban enterrados para siempre.

Por un momento, aquel beso llenó el vacío de su vida, el vacío de su alma.

Le daba vueltas la cabeza y le hervía la sangre, recordándole que él era algo más que el hombre que trabajaba sin descanso en aquel centro para niños de los que nadie más se preocupaba.

Le recordaba que era un hombre. Un hombre de carne y hueso.

Lori no había querido que el beso fuera algo más que una caricia inocente. Pero… le gustaba tanto besar a un hombre, y que le devolviera el beso…

Por un momento, cerró los ojos y se dejó llevar por esa sensación, asustada, porque no debería reaccionar así. Porque aquello no debería estar pasando.

Estaba embarazada de ocho meses, por Dios bendito.

Daba igual. Lo único que importaba era aquel beso.

Y aquel hombre.

Y entonces se percató de algo más. El niño había elegido ese momento para dar una patada.

Una patada que sintió el propio Carson. Y eso lo devolvió a la realidad. ¿Qué demonios estaba haciendo? Aquello era un error, un tremendo error.

—Yo no soy Kurt —murmuró, apartándose.

—Lo sé —dijo ella, intentando sonreír—. Kurt no era tan alto como tú. Tengo tortícolis, Carson.

¿Qué había pasado? ¿Cómo había pasado? Ellos eran amigos, nada más. Eran familia. Y aquello era imposible.

Pero el beso lo había perturbado por completo.

—Lo siento —murmuró.

Lori no sabía si estaba hablando del beso o del dolor del cuello. Pero quiso pensar que se refería a lo segundo.

—No te preocupes. No es para tanto.

—Venga, te llevo a casa —dijo él con voz ronca.

—¿Quieres que cenemos juntos?

—No, sólo quiero comprobar que llegas bien a casa.

—Estar embarazada no afecta a mi habilidad para conducir. No estoy ciega, Carson.

Si eso fuera cierto, no se habrían besado.

—No estoy yo tan seguro.

Lori sacudió la cabeza.

—¿Sabes una cosa, Carson? Serías un hombre encantador si no estuvieras empeñado en ir contra ti mismo.

—No quiero ser encantador.

—Demasiado tarde —rió Lori—. Puedes arrugar el ceño todo lo que quieras, pero a mí no me engañas. Te conozco.

—Pensé que tenías un titulo en diseño gráfico, no en psicoanálisis.

—Esto no es un campo de fútbol y no tienes que correr de un lado a otro para que no te pillen, Carson. Yo no quiero arrollarte.

Quizá, pero él no sabía qué quería. 0 qué demonios le estaba pasando. No debería haber la besado.

Pero había sido Lori quien lo había besado. Muy bien, entonces no debería haberle de

vuelto el beso.

Confuso, la observó entrar en el coche.

—¿No quieres que te lleve?

—No, gracias. Puedo ir a mi casa sin ningún tropiezo.

En su opinión, ya había tenido un tropiezo esa noche. Ambos lo habían tenido.

Carson se quedó mirando hasta que el coche de su cuñada desapareció al final de la calle. Eso era mejor que intentar entender sus sentimientos.

CAPÍTULO 4

POBRE Carson.

Lori sonrió mientras salía de la autopista en Bedford. Parecía completamente estupefacto mientras se alejaba del aparcamiento. Aunque también ella debería estarlo.

Hablando de sorpresas… Ella no sabía que Carson pudiera besar así.

Debía de ser el secreto mejor guardado, pensó, irónica.

Kurt había intentado varias veces convencerlo para que saliera con alguna chica, pero Carson había dejado bien claro que no estaba interesado en salir con nadie. Nunca. Y Lori se había convencido de que acabaría como un anacoreta.

Y ella pensando que Kurt besaba mejor que nadie en el mundo… La verdad era que Carson besaba mucho mejor.

Debía de ser cosa de familia. Seguramente, algo genético.

Lori tomó una calle flanqueada por árboles. Si las mujeres de Bedford supieran lo que ella sabía, Carson O'Neill no volvería a tener un momento de tranquilidad, pensó.

Aunque tampoco ella era una experta en hombres. Ni en besos. Nunca había sido una cabeza loca, jamás.

Pero reconocía a un hombre que besaba bien. Hasta que Kurt apareció en su vida, ningún hombre había conseguido hacerle perder la cabeza como algunas de sus amigas contaban.

Kurt había sido un amante maravilloso. Amable, atento, tierno… Por eso le perdonaba sus transgresiones, sus defectos. En la cama y fuera de ella, su marido era un hombre encantador.

Pero jamás se le había ocurrido pensar que eso era algo que tenía en común con su hermano. Los dos hermanos O'Neill eran altos y guapos, con hombros anchos y unos rasgos tan masculinos

que podrían acelerar el pulso de una momia egipcia.

Pero en los ojos de Kurt siempre había una chispa que podía encenderse ante el menor comentario, o sin decir una sola palabra era capaz de hacerla sentir como si fuera la única persona en la habitación.

Con Carson, uno sabía que estaba en la habitación, pero no estabas seguro de si él se había ido. El hombre era tan silencioso como una tumba.

Pero aquel beso…

Lori se pasó la lengua por los labios sin darse cuenta y sintió un cosquilleo en el estómago. El niño estaba intentando ponerse cómodo otra vez.

«Deja de pensar en eso. Es tu cuñado y tu jefe. Ha sido un beso, un simple beso. Pero no volverá a pasar».

Quizá, pero Lori no podía dejar de preguntarse si quizá, sólo quizá, los parecidos entre ambos hermanos no terminaran en sus labios.

¿Podría Carson encenderla como la había encendido Kurt?

«No hay razón para pensarlo y, además, nunca vas a saberlo».

Lori estaba segura de que el embarazo afectaba a sus hormonas. Tenía que ser eso. Eso y que se sentía sola.

A pesar del trabajo, a pesar de sus amigas, Lori se sentía sola. Y echaba de menos las caricias de un hombre. Echaba de menos la intimidad, compartir su vida con alguien…

Cuando llegó a casa, estuvo a punto de arrancar el freno de mano.

«Cálmate, chica», se advirtió a sí misma.

Tuvo que hacer un esfuerzo para salir del coche. El espacio entre el asiento y el volante era cada día más pequeño y cada día se sentía más como un corcho en una botella de vino. Estaba deseando volver a ser la de antes.

«Pero entonces tendrás que cuidar de un niño».

Esa idea era aterradora. Pero esperaba que fuera sólo una fase.

Cuando entró en casa, lo primero que hizo fue quitarse los zapatos. Estaba cansada y nerviosa al mismo tiempo.

Intentaba decirse a sí misma que era la proximidad del parto, pero sabía que no era así. Lo que necesitaba, decidió, era dejar de pensar en lo que había pasado y hacer algo productivo.

Lori sacó el número de Angela del bolso e intentó ponerse cómoda en el sofá mientras tomaba el teléfono.

Tardaron un rato en contestar y la mujer que contestó no parecía exactamente contenta.

—Dígame.

—¿Puedo hablara con Angela, por favor?

—No está en casa.

—¿Y sabe a qué hora volverá?

—¿Quién sabe? —exclamó la mujer, irritada—. Esa chica entra y sale cuando quiere.

Lori miró su reloj. Eran las nueve. A los quince años, una chica debería estar en casa a esa hora.

—Pero si mañana tiene que ir al colegio…

—¿Y qué? ¿Es usted su profesora?

—No.

—¿Policía?

—No.

Entonces la mujer colgó, sin darle tiempo a decir nada más. Lori miró el teléfono, sorprendida. Era lógico que Ángela tuviera tanto miedo de hablar con su madre.

Pero podía hablar con ella. Odía hacerlo cuando quisiera. Tenía que dejárselo claro. Y si estaba embarazada tendrían que hablar con su madre.

Lori consiguió levantarse del sofá. No podía imaginar cómo sería vivir con unos padres que no te querían, que no se preocupaban por ti. Los suyos le habían sido arrebatados demasiado pronto, pero sólo guardaba tiernos recuerdos de ellos.

La falta de sus padres había sido una de las razones por las que Kurt la había atraído desde el primer momento. Era un seductor, pero detrás de su encanto había un niño perdido, un niño que nunca había tenido el calor de unos padres.

Por lo que le había contado, su padre los había abandonado cuando eran pequeños y su madre se había consolado con el alcohol. Fue Carson quien lo crió, el que había cuidado de él y de su madre desde entonces.

Y seguramente eso decía muchas cosas sobre el carácter de Carson O'Neill.

Tener tal responsabilidad sobre sus hombros era muy duro para

un niño. Carson había conseguido una beca para ir a la universidad y, cuando salía de clase, trabajaba en lo que podía para ayudar en casa: Y aun así encontraba tiempo para cuidar de Kurt.

De modo que no era responsable de la personalidad de su hermano, de su deseo de vivir la vida peligrosamente. Había hecho lo que había podido para educarlo.

Y ella haría lo que pudiera por Ángela.

Cuando abrió la nevera, descubrió que no había nada para cenar. Tendría que ir al supermercado… pero nunca encontraba tiempo. Faltaban horas en el día, pensó, sacudiendo la cabeza.

El sonido del timbre la pilló por sorpresa. Aquella noche no esperaba a nadie. Y como tenía unos horarios tan complicados, ninguno de sus amigos solía pasar por allí sin llamar antes.

El timbre sonó por segunda vez antes de que llegara a la puerta para mirar por la mirilla, pero no pudo ver a la persona que estaba en el porche.

Debería comprar una de esas cámaras de seguridad, pensó. Pero la lista de cosas que tenía que hacer aumentaba cada día, de modo que lo que necesitaba por encima de todo era un hada madrina.

—¿Quién es?

—Abre la puerta, Lori. ¿Carson?

¿Qué estaba haciendo allí?

—Hola —sonrió Lori, abriendo la puerta.

—Hola.

¿Era su imaginación o parecía retraído? ¿0 incómodo?

—Mira… no he cenado todavía —dijo él entonces.

Ella rió, pensando en su nevera. Carson había cenado allí en alguna ocasión, pero aquél no era buen día.

—Me temo que hoy no puedo invitarte. No tengo nada en la nevera… bueno sí, un plato de espinacas de ayer.

—Por eso he traído esto —dijo él, levantando una bolsa que llevaba en la mano—. He traído comida mexicana. Fui a comprarla para cenar y entonces me acordé de que a ti también te gustaba y pensé que, a lo mejor, no habías tenido tiempo de hacer la cena.

—Pues no, no he tenido tiempo —sonrió ella, sin moverse.

Carson se aclaró la garganta.

—¿Vas a invitarme a entrar?

—Ah, sí, pasa.

—No es nada… es que no quiero que el niño se muera de hambre.

Lori lo llevó a la cocina. La comida mexicana era su favorita desde que se había quedado embarazada.

—A este paso, el niño o la niña saldrá con un sombrero mexicano y un poncho.

—Eso es un estereotipo.

—Era una broma, hombre. Además, a mí me encanta la música mexicana, las joyas mexicanas… y no te digo nada de la comida.

Además, su madre era medio mexicana y hacía unas comidas riquísimas. Algunos de sus recuerdos más tiernos eran de su madre haciendo platos y platos de comida cuando era pequeña.

Lori se puso de puntillas para sacar dos platos del armario, pero Carson se adelantó. Sorprendida, ella se volvió y, al hacerlo, lo rozó con la tripa. Carson se apartó como si lo hubiera tocado con una antorcha.

—Estás más bajita —murmuró.

—Es que me he quitado los zapatos.

Carson asintió.

—¿Cómo puedes llevar zapatos de tacón?

Lori se encogió de hombros. Estaba tan acostumbrada a llevarlos que no se daba ni cuenta.

—Siempre he llevado zapatos de tacón. Además, con ellos me siento más guapa.

Los zapatos siempre habían sido su debilidad y no había nada que le pareciera más atractivo que unos tacones de ocho centímetros.

—No te hacen falta zapatos para eso.

Lori dejó dos vasos sobre la mesa y lo miró, con una sonrisa en los labios.

—Pero Carson… no me digas que eso era un halago.

—No —contestó él—. Sólo era una observación.

Usando la excusa de sacar unas servilletas de la despensa, Carson se dio la vuelta, temiendo pisarse la lengua.

¿Qué demonios estaba haciendo allí? Había tenido intención de irse a casa al salir del centro. Pero entonces su estómago había empezado a rugir, recordándole que no había cenado. Y al detenerse en el restaurante mexicano se había acordado de ella. Sí,

como si se le hubiera olvidado después de aquel beso.

Además, no estaba de humor para cenar solo esa noche. A saber por qué. Normalmente, le gustaba estar solo. De ese modo, no tenía que hablar con nadie.

Pero con Lori la conversación siempre era agradable.

—Además, nadie te mira los pies.

—Lo sé —dijo ella, tocándose el abdomen.

¿Era su imaginación o estaba más gorda que por la mañana? Estaba empezando a sentirse como la increíble mujer creciente.

—Todo el mundo me mira la tripa. ¿Por qué la gente no puede dejar de mirar la tripa de una embarazada?

—Eso no es verdad. Algunos te mirarán… la nariz, por ejemplo.

—Pues a mí me parece que todo el mundo me mira la tripa, como si fuera a dar a luz de un momento a otro.

—A lo mejor piensas eso porque es así como te sientes.

—¿Ahora eres tú el que se dedica al psicoanálisis?

—No, es que soy abogado —sonrió Carson, sentándose a horcajadas en una silla, como un vaquero guiando una caravana.

—¿Lamentas alguna vez haberlo dejado? —preguntó Lori.

Él había pensado que sería así. Cuando terminó la carrera, pensaba que eso era lo que querría hacer toda la vida. Pero intentar librar a alguien de la cárcel por un error de forma sin tener en cuenta si era culpable o inocente era algo que no le gustó nunca.

Sólo cuando dio un giro de ciento ochenta grados a su vida descubrió que estaba haciendo lo correcto.

—No, la verdad es que no. Quizá porque no tengo tiempo para lamentarlo —contestó, con sinceridad—. La que lo lamentó fue Jaclyn —añadió, pensativo.

Fue entonces cuando vio el lado oscuro de la mujer con la que se había casado. Y ése fue un despertar terrible.

—Lo que ella quería era que ganaras mucho dinero, ¿no?

—Claro. Lo de dirigir un centro para jóvenes marginados… eso no iba con el estilo de vida que ella esperaba.

Ya no le dolía hablar de Jaclyn. Ya no sentía nada. Era como si eso le hubiera pasado a otra persona.

—Supongo que ahora lleva ese estilo de vida —añadió él.

—¿Ah, sí?

—¿No te lo había contado?

—Carson, tú nunca cuentas nada —suspiró Lori—. Para que me contaras algo tendría que darte una dosis de pentotal.

—Se ha casado con un cirujano plástico de Beverly Hills y vive en Bel Air, con criados, chófer… todo lo que siempre había querido.

Lori se dio cuenta de que, de nuevo, había vuelto a levantar una barrera, esa barrera que lo separaba de todos los demás.

—Excepto un hombre decente —dijo, apretando su mano.

El la apartó, encogiéndose de hombros.

—He hecho ciertas averiguaciones… su marido parece una buena persona.

—¿Y por qué has hecho averiguaciones? —preguntó Lori, sorprendida.

Quizá Carson siguiera enamorado de su mujer…

—Si iba a vivir con mi hija, tenía que saber qué clase de hombre era.

—Ah, claro. ¿Sabes una cosa, Carson? Eres un hombre lleno de sorpresas.

—Oye, que se está enfriando la enchilada —dijo él entonces—. Sé que no es tan buena como la que tú haces, pero…

—Está muy rica. Además, prefiero no tener que hacerla yo.

—Pues a mí me gusta más la tuya.

—Entonces, tendré que invitarte a cenar una de estas noches.

Carson arrugó el ceño.

—No estaba buscando una invitación.

—De todas formas, estás invitado.

—Pero…

—Cállate y cómete un nacho.

Había momentos en los que era imposible discutir con ella y Carson lo sabía. De modo que empezó a comer.

CAPÍTULO 5

INQUIETA, Lori tiró la revista sobre la mesita de mármol. La doctora Sheila Pollack, su ginecóloga, cambiaba las revistas todos los meses, pero como había estado en la consulta tres veces en el último mes, se sabía de memoria los artículos de las que le interesaban.

Las otras, las que se dedicaban a informar sobre cómo decoraban sus casas los que tenían dinero a espuertas o cuántos vestidos de diseño colgaban en sus armarios, la aburrían bastante.

Lori miró su reloj, preguntándose cuánto iba a tardar en examinar a Ángela.

Al final, había tenido que llevar a la chica a su ginecóloga. Cada vez que le preguntaba si había ido al médico, Ángela le decía que no podía por esto o por aquello y, tres días más tarde, Lori decidió llamar a la consulta de la doctora Pollack para pedir hora.

—¿Por qué le importa tanto? —le había preguntado Ángela, sorprendida.

—Porque sí. Tienes que enfrentarte a esto lo antes posible.

La chica no protestó. Y tampoco dijo mucho durante el camino.

Afortunadamente había poco tráfico y llegaron a la consulta de ginecología en el hospital de Bedford en menos de veinte minutos. Pero la sala de esperaa estaba llena de gente y tuvieron que esperar casi una hora hasta que se fue la última paciente.

Pero por fin, Angela estaba con la ginecóloga, descubriendo si su vida iba a verse alterada para siempre. Y Lori estaba nerviosa por ella.

¿Por qué tardaba tanto?

Ojalá Angela decidiera tener el niño… si no quería cuidar de él después, podía darlo en adopción.. En sus clases de ayuda al parto

Lori había descubierto cuánta gente esperaba años y años para tener un niño. Y, a veces, no lo conseguían nunca.

Pero, en cualquier caso, ésa era una decisión que sólo Ángela podía tomar.

Por fin, se abrió la puerta de la consulta y Ángela salió con lágrimas en los ojos. Estaba embarazada, Lori lo supo de inmediato.

—Cariño, no pasa nada. Yo te ayudaré —le prometió.

Pero ella negaba con la cabeza.

—No.

—Sé que ahora piensas eso, pero…

—No, no lo entiende —la interrumpió Angela—. No estoy embarazada.

—¿Qué?

—Los nervios, la tensión con mi madre y mi novio… he tenido un retraso. No estoy embarazada —repitió la chica, aliviada.

Lori suspiró también. Se había evitado una catástrofe.

—Venga, vamos al centro.

Lori le dio un poco de tiempo para que se calmara. Sabía que Ángela debía de estar aterrorizada cuando entró en la consulta. La doctora Pollack era una mujer encantadora, pero quedar embarazada a los quince años y con una madre como la suya debía de ser algo aterrador.

—Esta vez has tenido suerte, Ángela. Pero espero que hayas aprendido la lección.

—Sí, desde luego —murmuró la joven—. Yo pensé que Vinnie me quería, pero cuando le dije que a lo mejor estaba embarazada el asqueroso me dijo que no quería saber nada. Que si estaba embarazada, el niño no era suyo. ¡Como si yo me hubiera acostado con otro!

—Pero la lección que debes aprender no tiene nada que ver con Vinnie, sino con el sexo. Hay que ser más responsable, Angela.

—¿Como lo fue usted? —replicó la cría, enfadada.

—Yo estaba casada. Y ya no tengo quince años.

—Perdone, no quería decir eso —se disculpó Ángela—. Es que cuando me enfado digo cosas que no pienso.

Lori sonrió.

—Ya me he dado cuenta. Pero tienes que terminar tus estudios antes de tener una familia. En la vida pasan muchas cosas inesperadas y es mejor estar preparado.

—¿Y cómo se prepara uno?

—Teniendo cuidado.

—Sí, ya.

—Yo no soy un ejemplo para nadie, pero… Mira, mi marido murió, mi empresa quebró y ahora tengo que trabajar en varios sitios a la vez para reunir dinero. Pero soy mayor y tengo un título universitario, de modo que… en principio, debería estar preparada.

—Sí, es verdad. Por lo menos usted es mayor.

Lori levantó una ceja. Nada como una adolescente para que una se sintiera como una anciana.

—Oye, que no soy tan mayor. Lo que digo es que tienes todo el tiempo del mundo para tener hijos. No te conviertas en una madre adolescene… no es lo más recomendable, te lo aseguro. Ya tendrás responsabilidades cuando seas mayor, cuando hayas vivido un poco.

Ángela se mordió los labios.

—Sí, tiene razón.

—Claro que la tengo —rió Lori mientras entraban en el aparcamiento del centro—. Venga, ¿no tienes que jugar un partido?

Angela le dio un abrazo.

—Muchas gracias por todo.

Y luego salió del coche y se puso a correr por el patio.

Y así era como tenía que portarse una cría de quince años, pensó. De forma impulsiva, feliz.

—¿Qué pasa aquí?

Lori, que estaba cerrando el coche, se dio la vuelta al oír la voz de Carson.

—¿Quién te ha dejado salir de la jaula?

—Muy graciosa.

Sí, muy graciosa. Pero cuando no había aparecido a su hora, Carson se había preocupado. Había llamado a su casa, al hospital…

—He salido a dar un paseo. ¿Dónde estabas?

—He ido con Ángela al ginecólogo —contestó ella.

—Lori…

—Lo sé, lo sé. No es cosa mía, pero tenía que echarle una mano.

—Esa chica tiene una madre.

—¿Y qué? Ma Barker también era madre y se cargó a todos sus hijos. Y luego está Catalina de Medici, acuérdate. Se dedicó a envenenar…

—Lori, estamos hablando de los derechos de los padres.

—Y también de la vida de una adolescente. Tú no has hablado con la madre de Angela, Carson. Yo sí. 0, más bien, lo he intentado. No parecía importarle un bledo su hija.

—Pero es su madre y es ella quien tiene derecho…

—¿Y qué pasa con los derechos de Angela? Es una cría, no puede defenderse por sí misma…

—No te hagas la abogada conmigo. A mí también me importan los derechos de estos chicos, por eso estoy aquí. Pero no podríamos soportar una demanda.

—¿Qué demanda? Sólo la he llevado a mi ginecóloga para saber si estaba embarazada o no. Angela no va a constárselo a su madre, lo que quiere es olvidarse del asunto lo antes posible.

—¿Está embarazada?

—Afortunadamente, no. Además, ha descubierto que no se puede confiar en ciertos hombres. Cuando le contó a su novio que podría estar embarazada, el canalla le dijo que no quería saber nada. La pobre Angela estaba buscando amor en el sitio equivocado —suspiró Lori—. Y casi le rompen el corazón.

—¿Ella ha dicho eso?

—No ha hecho falta. Se le veía en los ojos.

—¿Ahora también eres capaz de leer los ojos? —preguntó Carson, irónico.

—Leo todo aquello que pueda darme una pista.

—Lori, vas a hacer que me salgan canas antes de tiempo.

Ella lo miró inclinando la cabeza.

—Las canas le quedan bien a algunos hombres. Les da un aire distinguido.

Carson sonrió.

—Tienes respuesta para todo, ¿no?

—Más o menos.

—Deberías haber sido abogado.

La otra parte levantaría la bandera blanca de inmediato, pensó Carson.

—Si lo fuera, tú saldrías corriendo.

—Ahora mismo, la que debería salir corriendo eres tú. No quiero verte por aquí.

—Mentira —sonrió Lori, tocándose el abdomen—. Sabes que te alegro el día.

Lo irónico, pensó Carson mientras le abría la puerta de la oficina, era que estaba en lo cierto. Aunque no pensaba decírselo. Si lo supiera, no habría quien la aguantase.

A pesar de que el niño no dejaba de moverse, Lori pasó todo el día en el centro. Estuvo con los chicos, habló de nuevo con Angela antes de que se fuera y le dijo a Rhonda que ella cerraría. Esa noche no tenía clases y no le apetecía irse a casa todavía.

Se preguntó entonces si a Carson le apetecería ir a cenar algo. Cuando fue a su despacho, lo encontró como la semana anterior, concentrado en su ordenador.

Probablemente, estudiando el presupuesto. No había vuelto a decir una palabra sobre la idea de la fiesta. Era hora de insistir.

—¿Has pensado en lo que te dije?

Carson parpadeó, sorprendido.

—¿En qué?

—En lo de la fiesta para recaudar fondos.

—No —dijo él. Había esperado lo imposible, que Lori se olvidara del asunto.

—¿Por qué?

—Porque es una sugerencia absurda. Las fiestas para recaudar fondos se organizan para causas importantes de ámbito nacional o internacional..

—No todo el mundo quiere poner su dinero en organizaciones grandes. A mucha gente le gusta ayudar a las pequeñas.

Carson sonrió, irónico.

—Pues no hay nada más pequeño que este centro.

¿Estaba siendo sarcástico? Lori se ofendió.

—No sé si es tan pequeño. La verdad es que ha sido importante para mucha gente. Para ti, por ejemplo.

—Sí, claro. Pero no creo que la revista People quiera pedirme una entrevista.

—Tú saliste de la calle y te convertiste en un abogado de éxito.

Eso sólo era la mitad de la historia. Su ex le había recordado lo demás cuando le anunció que iba a pedir el divorcio.

—Un abogado que ha renunciado a un lucrativo bufete para volver al barrio y darse de cabezazos contra la pared.

—Eso no es verdad. Has vuelto porque eres una persona compasiva —replicó Lori.

—¿Siempre tienes que decir la última palabra?

—Sólo cuando tengo razón. —¿Y quién decide eso?

—Yo, naturalmente —contestó ella—. Y Dios. Carson suspiró, mientras apagaba el ordenador. Estaba agotado. Había sido un día muy largo.

—¿Ahora hablas con Dios? —Todas las noches.

—¿Y él te contesta o también lo intimidas? —¿Ahora resulta que te intimido, Carson? —dijo ella, muerta de risa.

—No, pero lo intentas.

—Eso no es verdad. Y me da rabia que te pongas cabezota cuando no tienes razón.

—Quizá sí la tenga.

—¿Y no crees que, por el centro, podrías intentarlo?

¿No se daba cuenta de lo presuntuosa que era? ¿Y no sabía lo humillante que podría ser?

—¿Qué pasaría si organizáramos una fiesta para recaudar fondos y no viniera nadie?

—Entonces tendríamos comida para una semana —contestó Lori, siempre positiva—. Pero eso no va a pasar. ¿Y si no organizáramos una fiesta para recaudar fondos cuando hay mucha gente dispuesta a venir y aportar dinero?

Aquella mujer no se rendía nunca.

—Lori, no digas bobadas.

—Carson, O'Neill, nunca pensé que tendrías miedo.

—No tengo miedo, pero tampoco quiero hacer el tonto.

—Que te preocupen estos chicos y quieras hacer todo lo posible por ayudarlos no te convierte en un tonto.

¿Por qué una mujer con tantos problemas insistía en ver la vida a través de unos cristales de color de rosa?

—Pero pensar que a otras personas pueda importarles lo que me importa a mí es de tontos. Y deja el tema ya, Lori. No quiero enfadarme.

Ella arrugó el ceño. «Cabezón».

—¿Se supone que ahora debería estar temblando de miedo?

—Se supone que ahora deberías dejar el tema. Aunque empiezo a pensar que sólo voy a conseguir que te calles tapándote la boca con esparadrapo.

Lori decidió intentarlo de nuevo.

—Deja que hable con mis amigas… Sabes que tengo razón.

Carson se levantó. Seguramente para intimidarla con su estatura.

—Lo que sé es que si no dejas de insistir voy a tener que despedirte.

—No te atreverías. Me necesitas.

—¿Tú crees?

—¿De verdad me despedirías?

—Si no te callas, sí.

Lori se puso en jarras, realmente ofendida.

—Muy bien, entonces a lo mejor dimito.

—Si te vas no podrías pedir el paro.

—Ah, ¿ahora te preocupas por mí?

Carson volvió a encender el ordenador. No pensaba moverse de allí.

—Maldita sea, Lori. Pues claro que me preocupo por ti. Ahora vete a casa y deja que intente conseguir dinero como sea.

—Podríamos conseguir dinero si…

Pero no terminó la frase y Carson se volvió, sorprendido. Lori estaba apoyada en la mesa. No podía respirar.

—¿Qué te pasa? —preguntó, alarmado.

Ella intentó contestar, pero sentía un dolor insoportable en el abdomen. No podía ser, no podía estar pasando… era demasiado pronto. Lori miró el suelo.

—Me parece que acabo de romper aguas.

Estaba pasando.

CAPÍTULO 6

N0 PODÍA ser, pensó Carson, angustiado. No podía haber roto aguas. Esas cosas sólo pasaban en las películas.

—Mira, si esto es una trampa para convencerme…

Pero su expresión de angustia le decía que iba a tener que tomárselo en serio.

Lori se llevó una mano al pecho.

—Te aseguro que no soy tan buena actriz —dijo en voz baja, como si no tuviera aire para llegar al final de la frase—. Si quieres pruebas…

Carson se levantó de un salto.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Estás de parto —repitió Carson, aún incrédulo.

—Sí.

Lo había dicho con tal convicción que toda esperanza de que fuera una falsa alarma se esfumó. ¿Qué podía hacer, tomarla en brazos, apartarse para que pudiera respirar? Se sentía como un extraterrestre.

—¿Qué quieres que haga?

Lori levantó la cabeza. El dolor había desaparecido. Por el momento.

—Dejarme inconsciente, por ejemplo.

Si era capaz de bromear, quizá la situación no fuera tan terrible como había imaginado. Pero había una cosa segura:

—Tengo que llevarte al hospital.

Lori asintió con la cabeza.

—Sí.

Aquello era el principio y no sabía si iba a poder lidiar con lo

que quedaba. Pero no tenía alternativa.

Lentamente, se llevó una mano al abultado abdomen.

Carson no dejaba de mirarla. ¿Qué debía hacer, tomarla en brazos, sentarla en la silla y llevarla hasta el coche? Nunca se había sentido más inseguro en toda su vida.

—¿Puedes' andar?

Ella sonrió. 0, más bien, intentó sonreír.

—Mis piernas siguen funcionando, Carson. Es el abdomen lo que me duele. Y los riñones. Y todo lo demás.

—Muy bien, entonces vamos.

—Bien.

Lori quería andar. Era una persona fuerte y se enorgullecía de poder con todo desde que Kurt había muerto. Pero le temblaban las piernas y…

No tuvo que decir nada. Como si lo hubiera intuido, Carson le pasó un brazo por la cintura y la llevó hasta el coche.

—¿Por qué no vamos en el mío? —preguntó Lori.

No había tiempo para debatir. Su coche era más grande.

—El coche no es el principal problema en este momento. ¿Seguro que no quieres que llamemos a una ambulancia?

—No. Me da tiempo a llegar al hospital.

Él tenía sus dudas. Lori era una súper mujer, pero no quería arriesgarse.

—¿Seguro?

—Más o menos. Esto es nuevo para mí, amigo. Venga, vamos.

Estaba pasando algo. No sabía si era una contracción, pero parecía que sí… Si no era una contracción, una fuerza invisible la estaba abriendo por dentro con un abrelatas y un martillo pilón. ¿Cómo podían las mujeres tener hijos después de pasar por aquel horror?

—Ponte el cinturón —dijo Carson.

—¿Qué tal si apoyo los pies en el suelo y tu conduces lo más rápido posible?

Ahora lo estaba asustando. Quizá debería llamar a una ambulancia…

—¿Tan mal estás?

—No estoy bien, no —contestó ella, casi sin voz—. Llévame al hospital, por favor.

No tuvo que decir nada más. Carson le puso el cinturón y arrancó a toda velocidad.

—Llegaremos enseguida, no te preocupes.

Tuvieron suerte. Apenas encontraron semáforos en rojo y a esa hora no había mucho tráfico en la autopista. Pero Carson no levantaba el pie del acelerador.

—Si sigues así, puede que dé a luz en el coche.

Él no se molestó en mirarla.

—Eso es precisamente lo que intento evitar.

Lo último que deseaba era que Lori tuviera el niño sola. Esa idea le daba pánico. Como un piloto del circuito de Le Mans, Carson cambiaba de carril una y otra vez para no tener que pisar el freno.

Lori contenía el aliento, pero tenía el pulso acelerado.

—Te van a poner una multa.

—Ojalá viniera un policía. El nos llevaría antes al hospital.

—0 sea, que ése es tu plan.

—Yo siempre tengo un plan, ya sabes.

Sonaba bien, pero era mentira. No tenía un plan para nada en la vida. Ya no. Todo había empezado con su divorcio, que para él fue un golpe inesperado. Y la muerte de su hermano un año después lo había destrozado del todo.

Y ahora aquello que había entre Lori y él… no sabía lo que era, pero lo confundía de tal modo que no recordaba ni en qué día estaba.

El único plan en su vida parecía ser el caos.

—¿Cómo estás?

Lori intentaba respirar regularmente, pero lo único que quería era ponerse a gritar.

—He estado mejor.

—Maldita sea, ¿por qué no te fuiste a casa a tu hora?

—Si me hubiera ido a casa, ahora estaría sola. Ese no era el asunto.

—Y también estarías más cerca del hospital. Y si no lo hicieras todo como si no estuvieras embarazada, a lo mejor no te habrías puesto de parto antes de tiempo.

Aquello era poco realista y los dos lo sabían.

—Tenía que ponerme de parto un día de estos. Ya había salido de cuentas, listo. ¿Habrías preferido que me pusiera de parto sin ti?

—Sí —contestó él.

En fin, era sincero, desde luego. Él no mentía, como Kurt. Ese había sido uno de sus grandes defectos. Pero en aquel momento le habría gustado que le mintiera un poquito.

—Cuando lleguemos al hospital puedes dejarme en la puerta de Urgencias.

—Sí, seguro.

—¿No dices que habrías preferido no estar aquí?

—Lori, sólo quería decir que estas cosas no se me dan bien.

—A mí tampoco.

—Pero tú das clases de parto sin dolor… y sabías que habías salido de cuentas.

—Saber que una ha salido de cuentas y salir de cuentas son dos cosas muy diferentes. Es como ver una película de guerra y estar en un campo de batalla.

—Muy bien, muy bien. Ya casi hemos llegado. Tranquila.

Oh, no, el dolor de nuevo… Incluso peor que antes. No tenía que pasar así. Todavía no. El año próximo, quizá. Lori empezó a jadear.

—¿Lori? ¿Qué haces?

Ella no contestó.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué respiras así?

Lori no podía contestar. Pero había termina do. Aquel horrible dolor había pasado. Por el momento.

—¿No estuviste en el parto de tu hija?

Carson negó con la cabeza. Era una de las cosas que más lamentaba en su vida.

—Estaba llevando un juicio importante… Jaclyn no me quería en el hospital. Lo que le importaba era que ganase el caso.

—¿Y lo ganaste?

—Sí.

—Entonces, Jaclyn consiguió lo que quería.

—Siempre conseguía lo que quería —suspiró él.

—Y tú no.

—No, yo no. Ni siquiera sabía que iba a dar a luz. Jaclyn fue al hospital para que le provocasen el parto y quitárselo de en medio.

Ésas habían sido sus palabras exactamente. El nacimiento de su hija no había sido para ella nada más que algo que tenía que «quitarse de en medio».

Lori se llevó las manos al abdomen, preparándose para la siguiente contracción.

—¿Cómo te casaste con una mujer tan calculadora?

Carson se encogió de hombros. Porque se sentía solo. Porque Jaclyn era una mujer muy guapa y supo cómo conquistarlo. Para ella, sólo fue una forma de introducirse en los círculos adecuados. Y Carson estaba ciego. Sólo veía a una mujer que decía amarlo…

—Me pareció buena idea en ese momento. Además, Jaclyn no era tan calculadora entonces. 0 no me di cuenta. Estaba demasiado ocupado convirtiéndome en un abogado importante.

Todo eso parecía haber ocurrido un millón de años atrás.

Habían salido de la autopista y estaban a cinco manzanas del hospital.

—Ya casi hemos llegado.

—A ver si es verdad —murmuró ella, cerrando los ojos.

Y entonces Carson frenó de golpe. Lori abrió los ojos y vio que había muchos coches delante de ellos. No podía ser. No podían pararse ahora.

—¿Qué pasa?

—Debe de haber habido un accidente o algo así. ¿Puedes esperar?

Lori asintió con la cabeza, pero Carson tenía serias dudas y abrió la puerta del coche.

¿Qué estaba haciendo? ¿Iba a dejarla sola?

—¿Dónde vas?

—A ningún sitio. Sólo voy a ver qué pasa.

Lo que pasaba era que había un atasco monumental. Aquello no se movía ni un centímetro. A lo lejos le pareció ver las luces de la ambulancia, pero no le servía de nada…

—Parece que esto no se mueve.

—Genial. ¿Qué te parece si tengo al niño aquí?

Carson tragó saliva. Sólo podía hacer una cosa, de modo que dio la vuelta para ayudarla a salir del coche.

—¿Qué haces?

—Vamos a ir andando.

—¿Qué? ¡No puedo ir andando! Yo no soy John Wayne.

—John Wayne no estaría en esta situación. Además, no tendrás que andar…

—Pues volar no sé.

Carson la tomó en brazos.

—No puedes llevarme en brazos hasta el hospital.

—¿Por qué no?

—Porque peso mucho.

—Sí, eso es algo que quería comentarte —intentó bromear él—. A ver si dejas de comer enchiladas, bonita.

—¿Y tu coche?

—A la porra el coche. No va a moverse de ahí.

Lori le echó los brazos al cuello.

—No puedes…

—Sí puedo y no te pongas cabezota.

Si hubiera llamado a una ambulancia no estarían en aquella situación. —Carson, es cuesta arriba.

—Pues entonces me debes un favor. Te lo recordaré cada vez que quieras discutirme algo. ¿Cómo estás?

—Mal —contestó ella, apoyando la cara en su pecho—. Gracias, Carson.

El calor de su aliento atravesaba su camisa haciéndole sentir… algo que no quería identificar en aquel momento.

—No tengo alternativa.

—Pues acepta mi gratitud sin rechistar.

Carson la colocó mejor entre sus brazos mientras cruzaba la calle.

—Veré lo que puedo hacer.

CAPÍTULO 7

CARSON aceleró el paso cuando llegó a la entrada de Urgencias del hospital. Sabía que estaba zarandeando a Lori con cada paso, pero no podía evitarlo. Ella respiraba con dificultad. —Tranquila, ya hemos llegado… ¡Tengo una mujer de parto! —gritó Carson cuando se abrieron las puertas.

En unos segundos, Lori fue colocada en una camilla y dos enfermeras empezaron a hacerle preguntas.

—¿Es usted el padre?

—¿Ha tenido un accidente?

—¿Cada cuántos minutos tiene las contracciones?

—¿Han llamado a su ginecólogo?

—No, no… —empezó a decir Carson—. Creo que no.

Lori tenía los labios apretados, pero había abierto los ojos. Seguía estando muy guapa, pensó. Aunque la verdad era que siempre estaba guapa…

Lori tenía los labios tan secos que le costó trabajo hablar.

—Mi ginecóloga es la doctora… Sheila Pollack. No he tenido tiempo de llamarla.

Carson dio un paso atrás para no molestar, pero ella sujetó su mano.

—No, quédate.

—Ellos cuidarán de ti, no te preocupes.

No como él. De repente, Lori no se sentía como una súper mujer en absoluto. Necesitaba a Carson a su lado.

—Quédate —insistió—. El me ayudará en el parto —le dijo a la enfermera.

Carson se quedó mirándola, atónito. Aquello era algo totalmente nuevo. Nunca le había dicho que quisiera tenerlo a su lado durante

el parto. Y había muchos sitios en los que él preferiría estar en ese momento. En el Titanic, por ejemplo.

—¿Qué has dicho?

—Por favor…

—Llamad a la doctora Pollack —estaba diciendo una enfermera—. Lo siento, no me ha dicho su nombre…

—Lori O'Neill —contestó Carson—. Lori, no puedes decirlo en serio. Yo no puedo…

Entonces empezó una nueva contracción y ella no pudo decir nada más. ¿Por qué tenía que doler así? Algunas mujeres tenían un parto prácticamente sin dolor. ¿Por qué no podía pasarle a ella?

—Si va a ayudar en el parto, será mejor que empiece a moverse —dijo la enfermera—. Ya sabes lo que tienes que hacer, Jorge.

Un joven bajito de dientes muy blancos empujó la camilla hacia el ascensor.

Carson sólo tenía que soltar su mano. Soltar su mano y salir del hospital.

Él no quería presenciar el parto de Lori.

El no era el padre y Lori y él eran…

Eran familia. Y no podía marcharse. Ella lo necesitaba.

De modo que entró en el ascensor sin soltar su mano.

El no estaba hecho para eso. No sabía si podría soportarlo.

La habitación en la que estaban era muy alegre, decorada para evocar una atmósfera agradable para el milagro que estaba a punto de ocurrir. Pero no había nada alegre en la expresión de Lori.

La batalla que había empezado seis horas antes no parecía tener fin.

Y Carson no se había sentido más inútil en toda su vida.

Exasperado, miraba de nuevo a la enfermera que acababa de examinar a Lori por enésima vez.

—¿No puede hacer nada? La pobre está sufriendo.

—Lo sé —contestó la enfermera—. Es parte del proceso.

—Pues el proceso es de un sadismo insoportable.

Lori apretó su mano.

—Tendrá que… perdonarlo. Tiene buena intención… pero cuando hay problemas olvida sus… buenas maneras.

La enfermera sonrió, seguramente acostumbrada a ese tipo de cosas.

—No te preocupes por mí, cariño. Lo he visto todo. Después de quince años aquí tengo unas espaldas de boxeador. No se preocupe, su mujer se pondrá bien enseguida.

—No es mi mujer —protestó él, pero la enfermera ya había salido de la habitación.

Pero el pobre lo había dicho con tal sentimiento… pensó Lori. Se sentía culpable por obligarlo a estar allí.

—Siento… haber hecho que te quedaras. Puedes irte… si quieres.

Carson quería marcharse. Pero no iba a hacerlo. No podía hacerlo.

—No, no. No pasa nada. Eres tú la que lo está pasando mal.

Lori intentó sonreír.

—Dímelo… a mí —enseguida empezó otra contracción y tuvo que apretar su mano.

—¿Otra?

No era una pregunta en realidad. Por cómo apretaba su mano, era evidente que estaba sufriendo. Y Carson se preguntó si podría volver a usar esa mano cuando aquello terminase.

¿Por que no podían hacer nada? ¿Iban a tenerla allí, sufriendo toda la noche? ¿No había nadie que pudiera hacer nada?

—La enfermera ha dicho que falta poco.

A Lori le estaba pareciendo una eternidad. Pero terminaría pronto. Pronto, seguro. Intentó pensar en el futuro, cuando se hubiera olvidado del parto, pero el dolor la mantenía anclada al momento. Tenía contracciones cada pocos minutoss y el descanso entre ellas era más corto cada vez.

¿Podría soportarlo?, se preguntó, desesperada. Y, de repente, sintió como si todos los huesos de su cuerpo estuvieran a punto de romperse.

—¡La doctora Pollack… llámala!

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

¿Qué pasaba? Que estaba a punto de explotar, eso pasaba.

—El niño… está a punto de salir. Carson vaciló.

—Lleva seis horas a punto de salir…

Le parecían seis años, en realidad.

—Llámala… ¡Ahora!

Carson había llamado a la enfermera tres veces. Cada vez, Lori estaba convencida de que iba a nacer el niño, pero aún no había dilatado lo suficiente.

Pero cuando la miró se dio cuenta de que aquella vez iba en serio.

Nervioso, salió al pasillo y llamó a la enfermera.

—Me parece que ahora sí.

La mujer era la paciencia personificada.

—Entonces vamos a comprobarlo, ¿no?

Carson apartó la mirada mientras ella levantaba la sábana.

Con una sonrisa, la enfermera volvió a colocarla en su sitio.

—Parece que esta vez van a tener un niño.

Carson la miró, incrédulo.

—¿De verdad?

—Sí. Diez centímetros… y se ha borrado el cuello del útero. Voy a llamar a la doctora Pollack.

Lori clavó los pies en la cama.

—Dese prisa.

A solas con ella, Carson tragó saliva.

—Debería irme.

—¿Qué?

—Esto es muy personal, Lori. Yo no sé si debería estar aquí…

—Claro que sí —lo interrumpió Lori, con los dientes apretados. ¿Qué quería aquel hombre? ¿Ponerse a discutir?

Carson se acercó a la cama y acarició su pelo.

—Tranquila, todo va a salir bien.

Lori se agarró a esa frase como si fuera un salvavidas. Pero la siguiente contracción fue aún más dolorosa. Si eso era posible.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Una mujer rubia entró entonces en la habitación.

—Me han dicho que vamos a tener un niño en los próximos minutos —la ginecóloga parecía muy tranquila y parte de esa tranquilidad se le contagió a Carson—. Hola, soy la doctora Pollack. Pero supongo que ya se lo habrá imaginado.

—Soy Carson O'Neill… el cuñado de Lori.

—Me alegro de que estés aquí, Carson. ¿Preparada para traer a

este niño al mundo, Lori?

—Más… que preparada.

—Entonces, vamos a ver… ah, sí, yo diría que estás más que preparada. Además, hace una noche estupenda para que nazca tu hijo.

—¿Puedo… empujar?

—Por supuesto. Cuando empiece a contar —sonrió la doctora Pollack—. Carson, levántala un poco y sujeta sus hombros, así será más fácil. Así, bien, Lori, vamos a empezar. Una, dos… tres. Empuja.

Lori cerró los ojos y empujó con todas sus fuerzas.

Ya estaba empezando a marearse cuando oyó que Sheila le decía que dejase de empujar.

Entonces se dejó caer sobre los brazos de Carson, agotada. Eran unos brazos tan fuertes… parecían capaces de sujetarla para siempre. Pero entonces llegó otra contracción.

—Muy bien, Lori, otra vez. Una, dos, tres… empuja.

Lori no podía decir que no. De modo que empujó y empujó. Era como si el niño, deseando llegar al mundo, empujase por ella. Conteniendo el aliento, empujaba tan fuerte que empezó a ver estrellitas.

—¿No pueden hacerle una cesárea o algo? —preguntó Carson.

No le parecía bien que una persona tuviera que sufrir así.

—No necesita una cesárea. Lo está haciendo muy bien. ¿Verdad que sí, Lori?

Ella apenas pudo asentir con la cabeza.

—Muy bien. Vamos otra vez. ¿Lista? Uno, dos, tres… empuja ahora, con fuerza.

De repente Lori sintió un enorme deseo de empujar. Carson sujetaba su espalda y se sintió más segura. Rezando en silencio, empujó de nuevo.

Era más fuerte que él, pensaba Carson. Él se habría desmayado del dolor.

—Puedes hacerlo, Lori. Venga, un empujoncito más.

Esas palabras se repetían en su cabeza como un mantra y empujó tan fuerte que pensó que iba a desmayarse del esfuerzo.

Y entonces lo oyó, una especie de llanto, como de gatito…

¿Era ella? ¿Era ella quien emitía ese sonido?

No, se dio cuenta entonces, ese sonido llegaba de otra parte. Era su hijo.

Su hijo.

Lori abrió los ojos y fue como si saliera de un trance…

—Tienes una niña preciosa —dijo la doctora Pollack—. Con cinco deditos en cada mano y en cada pie.

La enfermera tomó a la recién nacida y la envolvió en una mantita blanca. El llanto cesó y la niña miró alrededor como si estuviera asombrada de estar allí.

—¿Quieres tomarla en brazos, Carson?

Él iba a decir que no, que la alegría de tenerla en brazos debía ser para Lori. Pero cuando miró aquella hermosa cosita envuelta en una manta blanca, se le encogió totalmente el corazón.

Y se enamoró.

Carson miró a Lori, como pidiendo permiso, y ella asintió con la cabeza.

—Sí.

La enfermera le dio a la niña y Carson la sujetó, emocionado. No pesaba nada, pero era… lo era todo.

No sabía cómo podía haber ocurrido tan rápido, cómo podía haberse enamorado de aquella niña de esa forma. Pero así era.

—Es una niña preciosa, Lori. Pero, claro, es lógico.

¿Eso era un piropo?, se preguntó ella. Carson no solía decir piropos. Pero tampoco solía llevarla en brazos por la calle.

Despacio, Carson puso a la niña en sus brazos y dio un paso atrás para mirarlas. Nunca había visto una imagen más hermosa, nunca había visto a Lori más radiante. Ni siquiera cuando se casó con su hermano.

Algo se movió dentro de él, algo que intentaba salir a la superficie. El instinto de supervivencia le decía que lo contuviera, que lo guardase donde no pudiera causar complicaciones.

Donde había estado siempre sin ver la luz del día.

—Tiene tus ojos, Lori.

Ella levantó la cabeza.

—Y tu expresión.

—Es pequeña. Ya se le pasará.

Ella sonrió, sintiéndose feliz y muy, muy cansada.

—No, espero que no.

CAPÍTULO 8

LAS TRES integrantes del escuadrón de mamás entraron en la habitación cargadas de regalos, buenos deseos y consejos que Lori recibió con los brazos abiertos.

Las chicas estaban otra vez delgadas, el testimonio claro de que había vida después del embarazo. Aunque Lori había dicho eso muchas veces en su clase de preparación al parto, se alegraba de ver que era cierto.

Eso significaba que también había esperanza para ella.

Las tres mujeres la abrazaron por turnos, emocionadas.

—Desde luego, tenía que ser la profesoraa la que tuviera a su niña como dicen las reglas, en el hospital —dijo Joanna Prescott.

La periodista, Sherry Campbell, soltó una carcajada.

—Y no como yo, en una cabaña a cientos de kilómetros del hospital.

—0 yo —dijo la agente especial Chris, C.J., Jones—, en el suelo de un despacho del FBI, mientras intentaba encontrar pistas sobre el asesino de la Bella Durmiente.

—¿Ah, o sea, tener un niño en el jardín de mi casa cuando se estaba quemando es mejor que lo vuestro? —intervino Joanna.

—Por favor, chicas, me estáis haciendo sentir aburrida —protestó Lori.

—Bueno, no sé, que un hombre que parece un dios griego te lleve en brazos hasta el hospital no suena nada aburrido, bonita.

Lori no quería que sus amigas pensaran lo que no era. Las tres habían encontrado hombres con los que soñaría cualquier mujer, pero eso no le había pasado a ella.

Y Carson seguramente se quedaría horrorizado si las oyera.

—Es mi cuñado.

—Es muy guapo —dijo C.J.—. Y le gustas, estoy segura.

—Está buenísimo —asintió Joanna.

Lori sacudió la cabeza. Eran unas románticas incurables. Incluyendo a la agente especial del FBI, que debería ser más cerebral.

—Es mi cuñado. Nada más.

—Yo creo que es algo más. 0 quiere serlo. No olvides que mi trabajo consiste en averiguar lo que no se ve a primera vista, amiga. Y yo diría que ese hombre siente algo por ti.

Lori suspiró. C.J. era incorregible.

—Claro que siente algo por mí. Soy la mujer de su difunto hermano y siempre nos hemos llevado bien.

—Cariño, no seas cabezota. Ésta es una oportunidad única.

—¿Una oportunidad? —repitió Joanna—. ¿Ahora se llama así?

—Carson es una buena persona, por eso estuvo conmigo en el parto. No imaginéis cosas —insistió Lori.

—Pues ya sabes lo que dicen, no es fácil encontrar hombres buenos. Yo que tú lo intentaría —dijo C.J.

Lori no pensaba hacerse ilusiones. Si Carson ocupaba un sitio especial en su corazón era porque era un hombre bueno y porque había estado a su lado cuando lo necesitaba. Pensar algo más era absurdo.

—Bueno, contadme cómo os va la vida desde la última vez que nos vimos.

Era todo lo que sus amigas necesitaban oír.

—Traigo una visita.

Lori estaba empezando a quedarse dormida. La enfermera se había llevado a la niña diez minutos antes y estaba agotada.

La voz de Carson le llegó medio en sueños. Pero no estaba en sus sueños, estaba allí, en la habitación.

Y no estaba solo. Había llevado a su hija, Sandy. Carson, que medía casi un metro noventa, parecía un gigante al lado de una niña de cinco años.

—Hola.

Con su pelo negro y sus ojos azules, Sandy O'Neill era una versión en femenino de su padre. Y sonreía tímidamente, mostrando

unos hoyitos preciosos.

—Hola.

Aquello era una sorpresa. No había visto a la hija de Carson desde Navidad. Jaclyn le había dado exactamente un día para estar con ella. 0, más precisamente, seis horas. Que compartieron los tres.

Simpática, dulce y sonriente, Sandy no se parecía nada a la bruja de su madre.

—¿Has visto a la niña?

Sandy negó con la cabeza.

—No. Mi papá quería venir aquí primero.

—Pensábamos que tú querrías venir con nosotros —dijo él.

—Ah, qué detalle —sonrió Lori.

—No, es que no sabía si podría distinguir a la niña entre los demás bebés…

Era mentira, claro. ¿Por qué le costaba tanto trabajo aceptar que era una buena persona?

—Las enfermeras podrían haberte dicho quién era.

—Sí, bueno… ¿necesitas ayuda para levantarte?

Lori tomó la bata que había a los pies de la cama.

—Me haría falta un brazo fuerte, sí. Por cierto, ¿quién me ha sustituido en el centro?

Carson dudaba que nadie pudiera sustituirla. Lori se entregaba a los chicos en cuerpo y alma.

—Por ahora, Rhonda está haciendo turno doble.

—Ah, pues debe de estar encantada.

—En realidad, ha tenido una bronca con el imbécil de su novio. Han roto, así que ahora tiene mucho tiempo libre.

—No hay mal que por bien no venga —sonrió Lori—. Sandy, ¿me das las zapatillas?

La pequeña parecía encantada de poder ayudar y se apresuró a obedecer.

—¿Éstas? —preguntó, mostrándoselas.

—Sí, ésas. Pero tienes que dejarlas en el suelo para que pueda ponérmelas.

—Ya lo hago yo —dijo Carson, tomando las zapatillas.

—¿No te puedes levantar, tía Lori? —preguntó la niña.

—Es que me tiemblan un poco las piernas, cariño.

Lori se agarró al hombro de Carson para ponerse de pie. No era

la primera vez. La enfermera la había obligado a levantarse para dar un paseo, pero le seguían temblando bastante las piernas.

—¿Lista? —preguntó él—. Puedes apoyarte en mí, si quieres.

—Algún día lamentarás esa oferta.

—No te preocupes. Iremos despacio.

Lori lo miró, un poco sorprendida.

—Sí, lo sé.

¿De qué estaban hablando? ¿Por qué veía aquel brillo en sus ojos?

Carson fingió no haberse dado cuenta. Eso era más fácil que lidiarr con lo que sentía en el pecho cada vez que la miraba.

—¿Qué pasa, tía Lori? ¿Estás enferma?

—No, cariño.

—¿Duele tener un niño?

—Un poquito. Pero no pasa nada.

Carson levantó las cejas. Que no dolía…

—Ha sido un detalle que la trajeras —dijo Lori cuando la niña empezó a correr delante de ellos por el pasillo.

—Le hablé de la niña y enseguida dijo que tenía que conocerla.

Era más que eso y ella lo sabía.

—¿Cómo has conseguido que Jaclyn te dejara verla?

—Jaclyn y su marido se han ido a Hawai de vacaciones. Sandy estaba con el ama de llaves. Que, sin duda, tenía órdenes de no dejar que viera a su padre.

—Y tú la has conquistado.

—Me confundes con Kurt. El era el seductor, no yo. Además, Adele tiene casi sesenta años.

—Creo que te subestimas, Carson. Puede que no tengas un poquito de oro, pero eso no te hace menos atractivo. Además, mi amiga Joanna Prescott dice que estás buenísimo.

Carson hizo una mueca.

—Joanna Prescott debería cambiarse las gafas.

—Mi amiga no lleva gafas.

—Pues debería.

—No sé yo, la verdad es que no estás mal. Con la luz adecuada…

Kurt siempre había sido el guapo de la familia. El papel de Carson había sido el del hermano responsable. Que alguien dijera

que era guapo le parecía extraño.

—¿Quieres que te deje plantada aquí mismo?

—No, no —rió Lori—. Me comportaré, lo prometo.

—Sí, seguro.

Sandy estaba de puntillas, con la carita pegada al cristal tras el que estaban colocadas las cunitas de los niños.

—¿Podemos elegir el que queramos?

Lori soltó una carcajada.

—No es un helado, hija —le explicó Carson—. Cada uno de estos niños es de alguien.

—¿Y cuál es el nuestro?

—No es nuestra, es de Lori.

—Pero podemos compartirla —sonrió ella, guiñándole un ojo.

Carson tomó a Sandy en brazos para que pudiera ver mejor.

—Es ésa, la de ahí —dijo, señalando una cunita en la segunda fila.

Desde esa distancia era difícil leer el nombre de la niña, pegado a la cunita con una etiqueta.

—Pensé que todos los niños te parecían iguales —bromeó Lori.

—Sí, bueno, pero me suena la cara. ¿He acertado?

—No has acertado, sabías perfectamente quién era.

—Sí, la verdad es que ya la había visto.

—¿Cuándo?

—Anoche, cuando la trajeron al nido.

—¿Seguiste a la enfermera?

Carson se encogió de hombros.

—Sólo quería comprobar que no la perdían…

—¿Cómo no me había dado cuenta antes de lo maravilloso que eres? —exclamó Lori.

—A lo mejor porque nunca antes habías sufrido las penas del infierno.

—Sandy, tu papá es un cielo.

Como respuesta, Sandy dejó de mirar la enorme selección de niños que la tenía fascinada y miró solemnemente a su padre.

—Ya lo sé.

—¿Lo ves? Hasta ella lo sabe.

—¿Qué vais a decir vosotras?

—Ríete si quieres, pero eres mucho mejor de lo que crees. 0 de

lo que pretendes.

El sacudió la cabeza. Sabía que era mejor no discutir con Lori.

—Estás delirando. Será el dolor.

La enfermera se asomó a la habitación.

—¿Ya está lista?

Más que lista, pensó Lori. Se ibaa a casa. Apenas dos días después del parto y ya se iba a casa. A empezar su nueva vida como madre.

El primer paso para una jornada de dieciocho horas al día.

Lori miró la bolsa de viaje que Carson le había llevado por la mañana.

—Lista.

—No olvidemos lo más importante —empujando la puerta con el hombro, la enfermera entró con su hija en brazos—. No se puede ser mamá sin esto.

Sonriendo, y con un nudo en el estómago, Lori colocó a la niña sobre su pecho.

—No, es verdad.

—Lo hará muy bien, ya verá.

—Yo no estoy tan segura, pero en fin…

—Recuerde que si tiene algún problema puede llamar por teléfono día y noche. Siempre habrá alguien para contestar a sus preguntas.

Lori lo sabía muy bien. Era algo que le decía a todas las mamás en sus clases. Pero ahora era su turno. Leer libros estaba bien, pero no había nada mejor que hablar con alguien que ya había pasado por esa experiencia.

—¿Durante cuánto tiempo seré una mamá primeriza?

—Hasta que la niña vaya a la universidad —rió la enfermera—. ¿Quién va a llevarla a casa?

En ese preciso momento Carson entró en la habitación.

—Hola. Siento llegar tarde, pero están en obras en la Avenida Blair.

La enfermera asintió.

—Están ampliando la calle.

—Pues a mí me parece que la calle estaba perfectamente.

—No le haga caso. No le interesa el progreso —bromeó Lori.

—No tengo nada en contra del progreso. Lo que me molesta son los atascos. ¿Estás lista?

—A ver… la bolsa de viaje, la niña… sí, creo que estoy lista.

Carson miró a la enfermera.

—¿Tengo que firmar el alta?

—No me estás sacando de un sanatorio psiquiátrico, Carson. Sólo vas a llevar a casa a una nueva mamá. Que está un poquito nerviosa.

—¿Tú nerviosa? ¿Por qué?

—Porque tengo miedo de meter la pata.

—Eso nunca te ha detenido.

—Eres muy gracioso, Carson O'Neill. Vamos, me parto.

—Venga, tonta. Lo vas a hacer muy bien, estoy seguro.

—¿Desde cuándo confías en mí? —preguntó Lori, mientras se sentaba con cuidado en la silla de ruedas.

—Siempre he confiado en ti. Venga, vamos.

La enfermera tomó el ramo de claveles blancos que había sobre la mesita. Lori había enviado el resto de las flores a la capilla, pero el ramo de claveles era de Carson y quería llevárselo a casa.

—Gracias por venir a buscarme.

—Tenía que hacerlo. Temía que hicieras dedo para volver a casa con la niña.

—¿Por qué no me dejas que te dé las gracias como una persona normal?

—¿Alguien ha conseguido alguna vez que no digas lo que querías. decir?

—Tú lo has intentado más de una vez.

—Pero no ha servido de nada, ¿no?

Carson empujó la silla de ruedas hasta el ascensor para bajar al aparcamiento.

—Ah, por cierto. Pienso quedarme a dormir en tu casa.

CAPÍTULO 9

LORI lo miró, atónita, mientras la enfermera la ayudaba a entrar en el coche. Sólo recuperó el habla cuando estaban saliendo del aparcamiento.

—¿Cómo que vas a quedarte a dormir en mi casa?

—Pues eso.

—¿Cómo?

—¿Estás sorda?

—No cambies de tema. ¿Cómo que vas a dormir en mi casa?

—No creo que sea tan difícil de entender.

—Esto es un poco repentino, ¿no?

Carson la miró de reojo, seguro de que no podía haber querido decir lo que él pensaba que quería decir. Seguro de que ella no podía sentir lo que él sentía. Lori era viuda y acababa de dar a luz a la hija de su hermano…

No era culpa suya que él sintiera… cosas. Que estar a su lado durante el parto hubiera hecho que viera su relación de forma diferente. Que su alegre y positiva personalidad por fin hubiera podido atravesar las barreras que él mismo había levantado.

Eso era problema suyo, no de Lori.

—¿Repentino? Supongo que no querrás quedarte sola esta noche.

Eso era verdad. Pero no había esperado que Carson O'Neill se diera cuenta. Aquel hombre era una caja de sorpresas.

—¿Y tú te presentas voluntario para acompañarme?

—No hay nadie más en el coche, ¿no?

—Sólo la niña, pero es muy pequeña. No creo que sepa cambiarse los pañales.

—Y me parece a mí que la madre también es demasiado joven.

Estaba intentando esconderse detrás de esa broma. Pero Lori no sabía por qué. No podía ser lo que ella esperaba que fuera… La única persona a la que Carson quería era a su hija. No quedaba mucho más cariño en su corazón.

Aunque Lori hubiera empezado a sentir algo por él.

—Oye, que he enseñado a muchos torpes a cambiar pañales.

—Una muñeca, les has enseñado a cambiar a una muñeca. Un niño de verdad es diferente.

Para empezar, porque un niño de verdad se movía mucho más, pensó, recordando su primera vez. Que él le hubiera cambiado los pañales a Sandy no era algo que contase a todo el mundo. Esa información iba en contra de la imagen que le gustaba proyectar de sí mismo, con la que se sentía cómodo: la de una figura autoritaria.

Pero por Lori, estaba dispuesto a abandonar temporalmente esa imagen.

Ella estudió su perfil, intentando imaginarlo con un bote de talco en una mano y un pañal sucio en la otra.

No, imposible.

—¿Y tú sabes algo de cambiar pañales?

—Tengo una hija, ¿recuerdas?

—¿Le cambiabas los pañales a Sandy?

—¿Es que hablo en un idioma que no entiendas?

—Aparentemente —suspiró Lori.

Sabía que Carson no le contaría eso a nadie y la conmovió que se lo hubiera contado a ella.

—Pues no es tan raro. Muchos padres lo hacen.

—No te imagino cambiándole los pañales a un niño. En fin, supongo que no te conozco tan bien como creía.

A Carson no le gustaba nada ser un libro abierto. En los libros abiertos no había sitio para la privacidad y eso era lo más importante para él.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes. —Aparentemente —repitió Lori. Pero estaba deseando conocerlo mejor.

La puerta estaba abierta, pero Carson llamó de todas formas. No quería entrar sin llamar. Después de todo, era el dormitorio de Lori.

—Creo que la niña tiene hambre —dijo, asomando la cabeza.

Ante la insistencia de Carson, Lori se había tumbado un rato. Y hasta que lo hizo no se dio cuenta de lo cansada que estaba.

De modo que unos minutos se habían convertido en media hora.

Lori se sentó en la cama, pasándose una mano por el pelo. Se sentía culpable por estar allí, descansando. Al fin y al cabo, Emma era su hija. Porquee iba a llamarse Emma. Y Carson llevaba media hora cuidando de ella.

—Lo siento, pero no puedo calentarle la comida.

Lori sonrió. Estaba dándole el pecho a Emma. Lo que Carson no sabía era que él había calentado el «recipiente» donde estaba la comida de la niña desde que la llevó a casa. Desde antes.

¿De verdad no sabría cómo la afectaba? ¿Le asustaría saberlo?

—Voy enseguida.

—No hace falta. Si la montaña no va a Mahoma… —sonrió Carson, entrando en la habitación con Emma en brazos.

—Ah, ¿ahora soy una montaña?

—Era una forma de hablar. Y no pareces una montaña. Todo lo contrario, estás guapísima.

Otro cumplido. Aquello era muy raro.

—¿En serio?

Carson se puso colorado.

—Yo no digo cosas que no piense. Pero a veces hablo demasiado.

¿Que hablaba demasiado? ¿Cuándo? Las almejas hablaban más que él.

—No lo creo, Carson. Nadie podría acusarte de ser un charlatán.

El dio un paso atrás. —Bueno, me voy.

Con la niña apoyada en su pecho, Lori empezó a desabrocharse la blusa.

—Muchas gracias.

Haciendo un esfuerzo, un gran esfuerzo, él apartó la mirada.

—Sí, bueno… yo tengo… cosas que hacer.

—¿Te da vergüenza? —rió Lori—. Pero si estuviste en el parto.

—No sé si te acuerdas, pero estaba al lado de tu cabeza. No vi nada.

Aquel hombre era adorable.

—¿Y no miraste ni un poquito?

—No. Era mi obligación.

—Eres asombroso.

—Sí, bueno, me voy.

Mientras cerraba la puerta de la habitación pudo oír la risa de Lori.

Él solía levantarse temprano, pero cuando miró el reloj comprobó atónito que eran las nueve de la mañana. Le sorprendió que la niña no lo hubiera despertado. Los recién nacidos solían despertarse cada cierto tiempo para comer…

Menudo ayudante era, pensó, disgustado consigo mismo, mientras iba a la cocina. Pensaba hacer el desayuno para los dos, pero descubrió que Lori lo había ganado por la mano.

—¿Qué haces levantada?

Lorii estuvo a punto de tirar el plato de la mantequilla.

—Chico, qué susto me has dado. Estoy haciendo el desayuno.

Carson miró la sartén, en la que había huevos revueltos como para un regimiento. Aquello no estaba funcionando como él pretendía.

—No me he quedado a dormir para que me hicieras el desayuno.

—No, te has quedado para que yo no estuviera sola y te lo agradezco más de lo que puedas imaginar —contestó Lori, sirviendo los huevos en sendos platos—. Yo no puedo llevarte al hospital en brazos, no puedo ayudarte a dar a luz y no puedo apoyarte en un momento de crisis porque uno nunca sabe cuándo estás pasando por un momento de crisis, pero al menos puedo hacerte el desayuno.

Carson estaba acostumbrado a los desayunos fríos en el centro. Incluso cuando era abogado desayunaba en la oficina.

—Yo había pensado ir a algún bar…

—¿Así es como desayunas todos los días? ¿En un bar?

Él se encogió de hombros. La comida era algo necesario, pero no importante. No para él.

—Casi siempre, sí.

—Pues entonces estás invitado a comer en mi casa cuando quieras. Siéntate.

—No pienso venir aquí a molestar…

—Tú no molestas, Carson O'Neill. Siéntate he dicho.

—Sí, señora.

—A ti no te he hecho beicon porque sé que no te gusta.
—¿Cómo sabes que no me gusta el beicon?
—Me lo dijo Kurt —contestó ella—. Yo me acuerdo de las cosas. Como esa discusión que no terminamos el otro día.
—¿Qué discusión?
—De lo que hablábamos antes de que te hicieras el héroe.
Estaba hablando sobre la maldita fiesta para recaudar fondos, claro.
—No me hice el héroe y si quieres devolverme el favor, dejarás en paz el asunto.
—Tú sabes que tengo razón.
—No, yo no sé nada de eso. Lo único que sé es que cuando te da por un tema no lo sueltas. Y sigo pensando que no es buena idea. No funcionaría.
—Sí funcionaría —insistió Lori—. He hablado con Sherry y con Joanna y les ha parecido muy buena idea.
Carson se obligó a sí mismo a mirar el plato, porque mirarla a los ojos lo distraía.
—A pesar de la opinión de tus amigas…
Lori sabía lo que iba a decir, que eran sus amigas y tenían que ponerse de su lado. Pero no era verdad.
—Están prometidas con dos multimillonarios.
—¿Multimillonarios?
—John Adair y Rick Masters. Adair es el presidente de…
—Sé quién es. Y también sé quién es el otro —la interrumpió Carson.
Aunque su ex mujer no hubiera estado todo el día leyendo las páginas de sociedad y comentándole las novedades, habría reconocido esos nombres.
—Y esos multimillonarios estarían dispuestos a comer salchichas en un centro para chicos marginados en la peor zona de Los Ángeles, ¿no?
Lori decidió ignorar el sarcasmo.
—Tu problema, Carson, es que no tienes fe.
—Ni dinero.
—Conozco a una chica que tiene una empresa de cátering y estaría dispuesta a servir la comida a precio de coste.
—¿Y quien pagaría ese dinero?

—Los novios de mis amigas. Además, tendremos publicidad.

—¿Cómo?

—Sherry era periodista y su padre trabajaba en el L.A. Times. Podremos tener publicidad gratis.

Carson se quedó mirándola, atónito. Había tenido una niña tres días antes… La mayoría de las mujeres en su situación no pensarían en nada más.

—Lo tienes todo pensado, ¿no?

—Sí, pero me falta una cosa.

—¿Qué?

—Que des tu aprobación.

—¿Importa que yo lo apruebe o no?

¿Cómo podía decir eso? Era él quien no paraba de trabajar para que el centro funcionase. Carson O'Neill era el alma del centro San Agustín.

—Claro que me importa. Y también importa que esto salga en las páginas de sociedad.

—¿En las páginas de sociedad?

¿Tendría Lori algo en común con su ex mujer? ¿También ella estaría buscando entrar en los círculos adecuados?

—¿Para qué quieres salir en las páginas de sociedad?

—Para que Jaclyn se muera de rabia, por supuesto. Quiero que sepa que se ha perdido un partidazo y la oportunidad de salir en las revistas.

Carson soltó una carcajada.

—Tienes una imaginación increíble.

—No, no. Es que debo tener imaginación por los dos, por eso te parece que tengo mucha. ¿Qué opinas?

—Si digo que no…

—Seguiría insistiendo hasta que dijeras que sí.

—Ya me lo imaginaba.

Quizá no fuera tan mala idea después de todo. No lo de Jaclyn, lo demás. Ya no le importaba en absoluto lo que pensara su ex mujer. Lo único que le importaba era que fuera una buena madre para Sandy.

Y si alguien estaba dispuesto a poner el dinero para la fiesta… el centro necesitaba fondos, desde luego.

—Deja que me lo piense.

—¿En serio?

Cuando lo miraba así, con los ojos tan abiertos, con esa expresión de niña, se le encogía el corazón.

Quizá hubiera llegado la hora de irse. Carson se levantó.

—Ya te he dicho que yo siempre digo lo que pienso.

—No lo lamentarás —Lori se levantó también.

Y entonces, quizá conmovida por todo lo que Carson había hecho por ella, tiró de su camisa para que bajara la cabeza y le dio un beso en la boca. 0, más bien, intentó dárselo porque, en el último segundo, Carson la detuvo poniendo un dedo sobre sus labios.

¿Estaba rechazándola?

—Sé que te gusta tomar la iniciativa, pero hay ciertas cosas que un hombre prefiere iniciar. Al menos, la segunda vez.

Sabía que debería haberse marchado en ese momento. Habría sido la actitud más sensata. Pero últimamente estaba luchando contra demasiadas emociones. Últimamente… no era el mismo.

De modo que levantó su barbilla con un dedo para besarla en los labios.

Y la besó con todo el sentimiento que llevaba dentro. La besó como había querido besarla desde la primera vez. Desde que la vio del brazo de su hermano, con los ojos brillantes y esa alegría de vivir que jamás había creído que nadie pudiera contagiarle.

Sabía a fresas. Y él siempre había tenido debilidad por las fresas. Y aunque no fuera así, estaba seguro de que, a partir de aquel momento, serían su fruta favorita.

Y seguía besándola, sabiendo que era un error, sabiendo que eso lo haría desear más. Desearla a ella. Era una locura y era algo que se guardaría para sí mismo hasta el día de su muerte, pero la deseaba.

Deseaba enormemente a Lori, y no durante una noche, ni durante una semana; la deseaba para siempre.

Porque aunque fuera una cabezota, ella era todo lo que Carson quería en la vida, todo lo que había buscado en una mujer.

La última discusión que había tenido con su hermano había sido por su forma de tratarla.

Si Lori fuera su mujer, él jamás la trataría de esa forma, jamás daría por sentado que estaría allí, esperándolo, sin hacer nada para

merecerla.

Eso no iba a pasar. Pero aunque fuera un momento, quería soñarlo.

El beso de Carson estaba haciendo que Lori se marease. Kurt era el único hombre con el que había estado en toda su vida pero, de repente, sentía como si algo la empujara hacia Carson. No era posible porque físicamente no estaba preparada, pero…

Pero quería estar con él. Quería ser suya en todos los sentidos.

Lori clavó los dedos en sus hombros para sujetarse. ¿No sería una sorpresa para él saber lo que sentía?

O quizá, sólo quizá, no fuera tal sorpresa.

Al menos, eso esperaba.

El sentimiento de culpa hizo que Carson se apartase. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Aprovechándose de su cuñada cuando era más vulnerable?

—Será mejor que me vaya —murmuró—. El centro no puede llevarse solo.

—Carson…

—Llámame si necesitas algo.

Ella sonrió, viendo a aquel hombre de casi metro noventa desaparecer de su casa como alma que lleva el diablo. Si lo llamaba, sería porque necesitaba algo.

A él.

CAPÍTULO 10

CUANDO Carson llegó al centro había tomado una firme decisión. Sólo llamaría a Lori por teléfono una vez para ver si ella y la niña estaban bien. Y eso si la llamaba.

Y después de tomar esa importante decisión, se dispuso a enfrentarse a la tarea que lo esperaba: encontrar fondos para pagar las facturas del mes.

Después de todo, ya había hecho mucho por Lori. Más de lo que la mayoría de los hombres haría.

Había estado con ella durante el parto, había ido a buscarla al hospital y se había quedado en su casa la primera noche…

Aunque Lori no lo necesitaba. Parecía arreglárselas bastante bien.

Como él sospechaba.

Quizá fuera su propia necesidad de ser necesitado…

Carson suspiró, pasándose una mano por la cara. Estaba empezando a sonar como uno de esos memos que aparecían en los programas lacrimógenos de la televisión.

Murmurando una palabrota, Carson decidió dedicar toda su atención a equilibrar el presupuesto.

No, no iba a dormir en casa de Lori, se dijo a sí mismo por enésima vez mientras miraba la hamburguesa helada: Si no podía dejar de pensar en ella, era su problema. Las cosas no iban a mejorar si iba a su casa.

Además, Carson cerró los ojos un momento, si aparecía por allí, ella volvería a insistir sobre la fiesta para recaudar fondos.

No, lo mejor sería irse a casa y descansar un poco. La llamaría

por teléfono entonces.

Quizá.

0 quizá podría llamarla ahora mismo…

—Hola, jefe.

Carson levantó la mirada al oír la voz de Rhonda.

—¿Qué pasa?

—Me parece que tenemos un problema. ¿Sólo uno?

—¿Qué ha pasado ahora?

Rhonda se lo pensó un momento antes de contestar. Rhonda no era una persona decidida. Al contrario que Lori, que era la persona más decidida del mundo. Y más habladora, además. Lori O'Neill usaba diez palabras cuando sólo le hacían falta tres.

—Me parece que será mejor que venga a ver esto.

Como necesitaba desesperadamente algo que lo hiciera dejar de pensar en Lori, Carson se levantó de la silla. No le gustaba mucho cómo había sonado eso de «será mejor que venga a ver esto», pero al menos así tendría la cabeza ocupada con otras cosas.

Rhonda no era de las que se ocupaban de los problemas sin pedir ayuda. Al contrario que Lori, que se metía en todo como si fuera una cruzada personal.

«Maldita sea, O'Neill, ¿quieres dejar de pensar en ella?.Lori no es una santa».

Necesitaba una mujer, decidió abruptamente. Alguien con quien pudiera aliviar la tensión que amenazaba con hacerlo explotar.

—¿Qué ha pasado, Rhonda?

Su ayudante lo llevó hasta el gimnasio.

—Uno de los chicos me dijo que el agua de las duchas salía helada. Iba a mirarlo cuando una de las chicas me dijo que pasaba lo mismo en las suyas. Así que tuve una premonición y bajé al sótano.

Rhonda se detuvo frente a la puerta que llevaba al sótano, señalándola como si tras ella hubiera un fantasma.

Carson se temió lo peor. No solía haber sótanos en los edificios nuevos de California, pero el centro San Agustín había sido construido cincuenta años antes. Y necesitaba reparaciones urgentes. Más que urgentes en algunos casos.

—¿Y qué has encontrado?

—Esto —contestó Rhonda, abriendo la puerta.

El sótano estaba cubierto por medio metro de agua.

—¿Qué?

—Parece que se ha roto la caldera.

Carson soltó una palabrota. Lo que les faltaba. Por un momento, lamentó el ataque de altruismo que lo había obligado a dejar el bufete…

—¿Y cómo has adivinado que se había inundado el sótano? —preguntó, sarcástico.

—Por el agua que había en el suelo.

Lo decía en serio. Carson había olvidado que Rhonda no tenía un gran sentido del humor. Aunque la situación no era para reírse.

Frustrado, miró aquel desastre. Parte del equipo del gimnasio estaba guardado allí, de modo que estaría destrozado. Más gastos.

En fin, al menos Lori era feliz, pensó. Esa idea no mejoró su humor. Contra su voluntad, Lori iba salirse con la suya. Porque, u organizaban una fiesta para recaudar fondos o aquello sería el final del centro San Agustín.

No tenían dinero para arreglar la caldera y los daños ocasionados por el agua. Por no hablar de la factura de la luz, el teléfono…

Cuando las cosas iban mal…

Lo echaba de menos.

Lori apenas había tenido diez minutos de tranquilidad desde que Carson se marchó, pero lo echaba de menos.

Las chicas del escuadrón de mamás habían decidido ir, cada una por su lado, a visitarla y también había recibido a varias de sus alumnas. Todas le llevaron regalos para la niña.

La noticia del parto había corrido como la pólvora y algunos chicos del centro también pasaron por su casa para conocer a Emma. Y Angela se mostró entusiasmada.

—Cuando me case yo quiero tener una como ella.

—Eso, hija, cuando te cases —rió Lori—. Y cuando hayas terminado tus estudios. No tengas prisa.

Pero incluso con las visitas, que se empeñaban en encargarse de Emma mientras ella descansaba, Lori echaba de menos a Carson. Incluso echaba de menos verlo arrugar el ceño y poner cara de

malas pulgas.
Sabía que era absurdo, que no la llevaría a nada bueno, pero…
Carson no iba a pasar por su casa aquella noche. Ahora que había tenido a su hija y estaba a salvo en casa, se dedicaría a sus cosas. Sin ella, el centro ocuparía toda su atención. Lori lo conocía bien. El era un trabajador nato y no creía en hacer las cosas a medias.
Ni en las relaciones sentimentales, pensó, mientras se despedía de su última visita con la niña en brazos. Carson había dejado claro que no quería saber nada de relaciones amorosas.
Aunque fingía que no era así, la traición de Jaclyn le había dolido mucho y no pensaba arriesgarse de nuevo. Ni siquiera con alguien que fuera de confianza, con alguien que no fuera una bruja como Jaclyn.
Veían la vida de forma diferente, pensó Lori. Kurt no era perfecto, pero su experiencia con él no la había endurecido, no la había hecho rechazar la posibilidad de encontrar el amor. Todo lo contrario. Estaba convencida de que el próximo podría ser el hombre de su vida.
Alguien como Carson O'Neill.
—A tu tío Carson le encantaría oír eso —sonrió Lori, acariciando la cabecita de su hija.
La pequeña estaba dormida y ella se detuvo un momento, saboreando el silencio mientras miraba aquella cosita preciosa.
Su hija.
Era difícil creer que Emma estaba por fin allí, que los meses de náuseas, de espera y de preocupación habían terminado.
Pero su hija estaba allí. Su Emma era por fin parte de su vida.
—Eres tan preciosa como había soñado —dijo en voz baja—. Pero será mejor que deje de hablar… necesitas dormir para estar guapa mañana. Pero te lo advierto, como te pongas más guapa de lo que eres, vamos a tener cola en la puerta. Vendrán príncipes de todos los países del mundo para pedir tu mano… en fin, supongo que hay cosas peores en la vida.
Sonriendo, Lori metió a la niña en la cuna. Y estaba encendiendo el intercomunicador cuando sonó el timbre.
Otra visita, pensó. ¿Quedaba alguien en la ciudad de Los Ángeles que no hubiera pasado por allí? Aparentemente, sí.

El timbre volvió a sonar antes de que llegase a la puerta.

—¿Quién es?

—He traído comida china.

El corazón de Lori dio un vuelco.

—¿Carson?

—No, soy el hombre del saco. Abre la puerta, Lori. Esto está muy caliente y se va a romper la bolsa de un momento a otro.

Ella obedeció, con una sonrisa en los labios.

—¿Qué haces aquí?

—Te traigo la cena, ya ves. ¿Podemos dejar las preguntas para más tarde?

Sin esperar respuesta, Carson se dirigió a la cocina.

—Hola, por cierto.

—El hola se sobreentiende —replicó el gruñón, mirándola por encima del hombro.

Estaba guapísima. En vaqueros y camiseta, parecía una modelo. Desde luego, no parecía una mujer que acababa de dar a luz.

Pero Carson se obligó a sí mismo a prestar atención a lo que estaba haciendo y no a lo que sentía.

—Parece que hoy te has levantado con la zarpa izquierda —sonrió Lori, sacando dos latas de refresco de la nevera. Joanna, que era un cielo, había llegado cargada de bolsas, diciendo que sabía lo que era tener un niño y no poder ir al supermercado.

—¿Pasa algo? Te veo de muy mal humor.

—Sí, pasa algo.

A aquel hombre le gustaba ser enigmático.

—¿Pasa algo que tiene que ver conmigo o pasa algo en el centro? Dame una pista, Carson, no soy adivina. Doce horas alejada de ti y empiezo a olvidar que contigo hay que hacer malabarismos verbales.

El suspiró, dejándose caer sobre una silla.

—La mitad del tiempo no sé ni de qué estás hablando.

—0 sea, que la otra mitad sí lo sabes. No está mal. Siempre hay que ver las cosas desde el lado positivo. A ver, ¿por qué estás de mal humor? ¿Ha pasado algo en el centro?

—Sí.

Era como intentar sacarle una muela. Cerrado como una ostra.

—¿Qué ha pasado? ¿Voy a tener que adivinarlo? ¿Cuántas

opciones me das?

El estaba sacando las cajitas de comida china de la bolsa, muy serio.

—Se ha roto la caldera.

—Ah, la caldera. Pero ya sabías que sólo era una cuestión de tiempo, hombre. Estaba hecha un asco.

—Sí, lo sabía.

—¿Hay dinero para arreglarla?

—No se puede arreglar. Hay que comprar una nueva.

—Carson…

—¿Ves? Por eso estoy tan enfadado.

—¿Porque he dicho Carson?

—Por cómo has dicho Carson.

Lori inclinó a un lado la cabeza.

—¿Cómo lo he dicho?

—Vas a empezar a insistir con lo de la fiesta, lo sé.

—No, no pensaba decir nada de la fiesta.

Él la miró, incrédulo.

—¿No pensabas decir nada?

—Nada.

Era la inocencia personificada.

—No te creo.

—¿Por qué? Tú eres el director del centro. Llevas años consiguiendo dinero para seguir adelante y estoy segura de que lo conseguirás para comprar una caldera nueva.

—¿No vas a decir nada más? No lo creía para nada, claro.

Lori se sirvió pollo con sésamo… se había acordado de que era su favorito. Aquel hombre no dejaría nunca de asombrarla.

—No.

—¿No vas a insistir sobre la fiesta para recaudar fondos ahora que se ha roto la caldera?

—No.

Carson arrugó el ceño. No era así como quería jugar. Quería que ella insistiera y luego, después de hacerse el duro un rato, decir que sí. No quería rendirse sin luchar.

Pero Lori no le dejó alternativa. Estaba entre la espada y la pared y era la fiesta o cerrar el centro. Y no pensaba dejar que eso pasara sin intentarlo todo.

—Muy bien, tú ganas.
—¿Que yo gano? —repitió ella, pestañeando—. ¿Qué he ganado, Carson?
Como si no lo supiera.
—Organizaremos la fiesta para recaudar fondos. No me gusta nada eso de ir pidiendo limosna, pero no hay otra forma.
Ella estaba encantada, por supuesto. Por fin podía ayudarlo.
—No vas a pedir limosna, Carson. Cuando organicemos la fiesta, nos suplicarán para que aceptemos donativos.
—Sí, seguro.
—¿Qué te parece una fiesta estilo años 50? —propuso Lori.
—¿Qué?
—El centro fue construido en los años 50, ¿no? Ya sabes, la época de las faldas con vuelo, el pelo echado hacia atrás, los guateques…
—¿Por qué tiene que ser una fiesta de los años 50? ¿Por qué no puede ser una fiesta normal y corriente?
—Porque una fiesta normal y corriente sería muy aburrida. Además, a la gente., tener una excusa para disfrazarse. Y tiña buena causa es la mejor excusa del mundo.
—Pero yo no tendré que disfrazarme, ¿verdad? —no le gustó nada la sonrisa de Lori—. No pienso disfrazarme, Lori. No cuentes conmigo. Tú organiza la fiesta como te dé la gana, yo seré el socio invisible:
—Tienes que estar allí, Carson.
Aquélla iba a ser su fiesta. Iba a hacerlo por el centro. No hacía falta que él estuviera allí.
—¿Por qué tengo que ir?
—¡Porque tú eres el director! Además, San Agustín es un proyecto tuyo, te has dedicado a él por completo. Te prometo que tú sólo tendrás que ponerte un traje. Yo haré todo lo demás.
La idea de que Lori lo vistiera se le pasó por la cabeza y Carson tuvo que tragar saliva.
—Acabas de dar a luz. Estarás agotada.
—Qué va, he perdido el peso que llevaba encima y estoy llena de energía. Además, Emma es un cielo, no llora nada.
Carson dejó escapar un suspiro. Aquella mujer era una pesadilla.
—Temía que dijeras eso:

Pero no pudo parecer tan exasperado como habría querido. Y supo que no había tenido éxito cuando Lori sonrió de oreja a oreja.

La vaga idea de que, por esa sonrisa, todo merecía la pena, lo preocupó.

—Muy bien —estaba diciendo Lori, pasándole un rollito de primavera—. Vamos a hacer una lista de lo que tenemos que hacer.

Esos ojos azules, esa sonrisa… le estaban llegando a sitios a los que no deberían llegar.

Y Carson mordió el rollito de primavera como si quisiera matarlo.

CAPÍTULO 11

CARSON estaba mirando el traje que Lori había colgado en la puerta del armario. Lo había dejado allí mientras ella iba a la habitación de invitados para probarse el suyo. Quería que la viera con él.

El traje de Carson consistía en un cárdigan rojo, vaqueros gastados y una camiseta blanca.

—Esto es una broma, ¿no? —gritó, mirando hacia el pasillo.

—¿Qué pasa, no te gusta? —preguntó Lori—. Pruébatelo, hombre. Seguro que pareces James Dean. O lo que habría sido James Dean si no se hubiera matado en un accidente de coche.

—Si no hubiera muerto en un accidente, ahora sería un anciano.

—Entonces, parecerás James Dean antes de matarse en el accidente —suspiró Lori.

Carson tomó la manga del cárdigan rojo y lo miró como si fuera una mofeta. No podía decirlo en serio.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Lori gritó:

—No estás colaborando, Carson. La fiesta es de los años 50, ¿recuerdas? Pues la gente en los años 50 vestía así. ¿0 preferirías vestir como Cary Grant en El solterón y la menor?

—¿Qué?

—A lo mejor ése es más tu estilo, pero el traje sería menos reconocible. Vestido así, sólo serías un hombre con traje de chaqueta. Pero todo el mundo sabe que James Dean llevaba un cárdigan rojo y unos vaqueros gastados en Rebelde sin causa.

Ese era el problema. Que él no quería parecer un idiota. No quería emular a uno de los mitos del cine, le parecía ridículo.

—¿Qué vas a ponerte tú? ¿Un jersey de angora y una falda de lunares?

—No exactamente.

Lori entró en la habitación en ese momento y Carson estuvo a punto de tragarse la lengua.

Llevaba vestidito blanco que parecía hecho de pétalos de rosa. Un vestido que acariciaba todas sus curvas. El escote halter, atado al cuello, dejaba al descubierto sus hombros y… allí' había más piel de la que él podía ver.

Como accesorio, unos zapatos blancos de tacón, sin medias. Y el pelo sujeto en un moño alto, como lo llevaban en los años 50, que dejaba su cuello al descubierto. Todo su cuello. Incluso llevaba un lunar en la comisura de los labios…

Lori se dio una vueltecita para que la viera bien.

—¿Qué te parece?

—Maldición.

Ella se alisó la falda, sin dejar de sonreír.

Ese vestido la hacía sentir traviesa, perversa. Como el brillo que veía en los ojos de Carson. Lo supiera o no, Carson O'Neill la estaba haciendo sentir como una mujer.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es… yo qué sé. Pareces…

—¿Marilyn Monroe en La tentación vive arriba?

—Mejor —contestó él. El escote halter acentuaba su escote y su cintura… era tan estrecha como el día que se casó con Kurt—. Nadie diría que acabas de tener un niño.

Lori sonrió, mostrando sus preciosos hoyuelos.

—A menos que olvide ponerme un pañito en el hombro después de darle el pecho. Si llego a la fiesta cubierta de babas, se me notará. Bueno, ¿entonces qué? ¿Cary Grant o James Dean?

Carson arrugó el ceño, en ese gesto tan suyo que a Lori ya le resultaba enternecedor.

El no se había puesto un traje de chaqueta desde que dejó el bufete. Y no le apetecía nada disfrazarse.

—¿No podría ir vestido como una persona normal? De todas formas, nadie va a mirarme si vamos juntos.

¿Se daba cuenta de lo que acababa de decir? Seguramente no.

—Vaya, Carson, seguramente eso es lo más bonito que me has dicho nunca.

Incómodo, él se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Supongo que alguna vez te habré dicho algo mejor —murmuró, después de aclararse la garganta.

—No que yo sepa. Pero puedes dejar de halagarme, vas a vestirte para la fiesta quieras o no. Si quieres que busque un traje de chaqueta tipo Cary Grant, dímelo. No nos queda mucho tiempo.

No tenía que decírselo. Carson lo sabía perfectamente. La fecha de la fiesta llevaba persiguiéndolo desde que le había dado luz verde tres semanas antes.

Nunca había visto a una persona trabajar tan rápido. Lori lo había organizado todo como si llevara toda la vida organizando fiestas benéficas. Aunque cuidar de la niña ya era trabajo más que suficiente.

—Y va a ir muchísima gente.

También lo sabía. Pero seguía sin creerlo. Habían invitado a ciento cincuenta personas y todas habían llamado para confirmar su asistencia. Lori había invitado hasta a los abogados de su antiguo bufete.

—Aunque, la verdad, cuando John Adair y Rick Masters confirmaron su presencia estuve a punto de cancelar la fiesta —siguió ella, mirando el cárdigan rojo—. Con el dinero que ellos van a aportar tendremos suficiente para mantener abierto el centro durante un par de años.

Tanto John como Rick le habían hecho saber que estaban dispuestos a hacer una generosa contribución y a prestar su nombre para la fiesta, garantizando así la asistencia de la prensa. Desde luego, ayudaba mucho tener contactos, pensó Lori, irónica.

—Pero el objetivo de nuestra fiesta es darnos a conocer. Además, con el resto de las contribuciones podremos comprar ordenadores, arreglar el tejado, el patio…

—¿Por qué cada vez que hablo contigo aumenta la lista de cosas? —preguntó Carson.

Ella colocó amorosamente el cárdigan sobre el sofá.

—Porque no dejo de pensar. Si los chicos recibieran clases de informática, podrían encontrar trabajo y así dejar la calle. La informática es fundamental para esta generación… Además, no tardan nada en aprender, tienen como un instinto natural. Y eso es algo que debemos usar a nuestro favor.

—¿Alguna cosa más que quieras incluir en la lista?

Estaban muy cerca el uno del otro y Lori sonreía.

—Ojalá pudieras ser más flexible, pero eso es algo que no puedo comprar.

Carson tocó su pelo y descubrió que no estaba cargado de laca. No, era muy suave, sedoso. Y se encontró enredando los dedos en él. Enredando en él su alma.

—A lo mejor podríamos hacer un intercambio.

—¿Y qué querrías intercambiar? —preguntó ella en voz baja.

Carson no sabía de dónde había salido eso. No sabía por qué lo había dicho. Quizá fuera su perfume. 0 su piel. 0 cómo lo miraba, el brillo de sus ojos haciendo que sintiera la tentación de arriesgarse.

—Deja que me lo piense —murmuró, antes de buscar sus labios.

Cada vez que la besaba sentía la tentación de no parar nunca. De olvidar todo lo que se había prometido a sí mismo que no volvería a hacer.

Porque de nuevo empezaba a necesitar a alguien.

El deseo ahogaba a Lori. La emocionaba. Se puso de puntillas y le echó los brazos al cuello, apretándose contra él, saboreando esa proximidad masculina.

—Me lo pones muy difícil —dijo él, con voz ronca.

—¿Qué te pongo difícil?

—Recordar que fuiste la mujer de mi hermano.

—La viuda de tu hermano, Carson. Soy la viuda de tu hermano, no su mujer. ¿Y por qué tie

nes que recordar eso?

¿No lo entendía?

—Porque esto no debería estar pasando. No debería sentir lo que siento.

«Sentir». Sentía algo por ella, pensó Lori.

—¿Y qué sientes, Carson? Dímelo.

La pregunta era como un canto de sirena, una tentación que lo llevaba a un sitio demasiado peligroso.

Tenía que marcharse. Ahora que podía hacerlo.

Pero no lo hizo.

—Esto, por ejemplo —murmuró antes de volver a besarla. A besarla con una pasión que ya no podía contener.

Podía sentir los latidos de su corazón como cañonazos. Podía sentir que le daba vueltas la cabeza mientras cerraba los ojos, sólo

un momento.

Un momento nada más.

Porque sólo podía arriesgarse un momento. Si esperaba un poco más, sabía que perdería el control.

Y eso sería muy peligroso.

La deseaba. Deseaba hacer el amor con ella.

Quería sentir su piel, sus labios, todo su cuerpo. Con un control sobrehumano, Carson se apartó.

—Será mejor que me vaya.

Lori tenía ganas de llorar, pero debía disimular.

—¿Entonces, Cary Grant o James Dean?

—Ya tienes el traje, supongo que tendré que ir de James Dean.

Ella sonrió.

—Siempre he sabido que, en el fondo, eras un rebelde.

No, él no era un rebelde. Su corazón lo era, pensó Carson mientras salía de la casa.

Ella estaba en su elemento, pensaba Carson al día siguiente, mientras la veía moverse por el salón de baile del Granel Hotel.

Lori tenía un título en diseño gráfico, trabajaba dando clases de parto sin dolor y en el centro de acogida para jóvenes marginados, pero en el fondo era una anfitriona nata. Una seductora.

Como Kurt. Pero Lori arropaba a los demás, usaba ese don para hacer felices a otros. No era una persona egoísta en absoluto.

Una vez que lo convenció para organizar la fiesta, se lanzó de cabeza, iluminándolo todo con su sonrisa, con su alegría.

Y, como había prometido, ella se encargó de todo: invitaciones, patrocinadores, cátering… Carson sólo tuvo que hacer acto de presencia… con un cárdigan rojo y unos vaqueros gastados, algo que seguramente nadie encontraría en su armario.

Pero Lori estaba tan ilusionada que no podía defraudarla. Aunque a él le habría gustado quedarse en casa, esperando que lo llamara para contarle qué tal iba todo.

No, eso no era cierto. Le gustaba estar allí, debía admitirlo, pero sólo porque así podía mirarla.

Podía disfrutar de su secreta fantasía, viéndola mover las caderas de una forma que haría hervir la sangre de cualquier

hombre…

Bueno, quizá cualquier hombre no. Masters, Adair y un agente especial del FBI al que Lori acababa de presentarle, Byron Warrick, no dejaban de mirar a sus prometidas.

Pero Carson había visto a otros hombres mirándola. Y sabía que no era sólo por el vestidito de Marilyn.

Eso lo hizo sentir posesivo.

Lo hizo sentir, Carson debía reconocerlo, celoso.

Como si pudiera estar celoso, se regañó a sí mismo. Lo único que Lori sentía por él era agradecimiento.

Había estado a su lado cuando su hermano murió, había estado a su lado cuando se puso de parto…

El problema era enredarse en la sonrisa de aquella mujer. En la propia mujer.

—Sonríe —le dijo Lori entonces—. Se supone que lo estás pasando bien.

—Y lo estoy pasando bien —dijo Carson, tomando un sorbo de vino—. ¿No lo ves?

No podía engañarla. Lori había tenido que tirar de él para hacerse las fotografías.

—He visto gente más feliz en la consulta del dentista.

—Yo soy así, ya lo sabes. Lo has hecho muy bien, por cierto.

Ella miró alrededor. La gente parecía estar pasándolo estupendamente. Y la gente feliz se volvía generosa.

—Sí, la verdad es que todo está saliendo bien, ¿verdad?

No había ninguna vanidad en esa pregunta, sólo alegría por el trabajo bien hecho.

Carson pensó entonces lo diferentes que eran Lori y su ex mujer. Jaclyn sólo habría estado interesada en salir en las fotos, en que hablasen de ella…

Por primera vez, se percató de que Lori llevaba un bolsito atado a la muñeca, una especie de limosnero.

—Mira, me han dado un montón de cheques para el centro. Podemos comprar nueve calderas y arreglar el techo siete veces.

En general, a él le disgustaban las exageraciones, pero Lori siempre conseguía hacerle sonreír.

—Sólo necesitamos uno de cada. Ella lo tomó del bazo.

—Pues entonces nos va a sobrar mucho dinero. Es decir, que

podremos comprar ordenadores, arreglar el patio… Ah, por cierto, John Adair se va a encargar de los ordenadores. Una de sus empresas se dedica a la informática.

Aquella mujer era increíble. Se le había ocurrido esa idea apenas unas semanas antes y, ella solita, había solucionado todos los problemas del centro San Agustín.

—Los chicos van a pensar que eres su hada madrina.

—Nada de hada madrina. Yo siempre he dicho que la gente es buena, sólo hay que darles una oportunidad para demostrarlo.

El había crecido en las calles de aquel barrio. Su padre los había abandonado y todo lo que había conseguido en la vida lo había conseguido con esfuerzo. Y cuando se hizo mayor tuvo que lidiar con un montón de delincuentes que creían que contratando a un buen abogado podrían salirse con la suya. Luego, el abandono de su mujer, la muerte de su hermano…

—Lo siento, pero yo no veo las cosas así. Mi mundo no es de color de rosa.

¿Por qué insistía siempre en verlo todo tan negro?, se preguntó ella.

—Estos chicos podrían haberse convertido en delincuentes si tú no hubieras aparecido en sus vidas, Carson. ¿Qué puede haber más bonito que eso?

—Tú.

Estaba haciéndolo otra vez, haciendo que su corazón latiera como loco. Si no supiera que se moriría de vergüenza le daría un beso allí, delante de todo el mundo.

—Eso desde luego —sonrió Lori, quitándole la copa—. Dame un sorbito. Necesito energía, tengo que seguir moviéndome. Ven conmigo, Carson.

El negó con la cabeza.

—No, sólo sería una molestia.

—Bueno, como tú quieras.

—Pues será la primera vez.

Lori lo dejó con una sonrisa. Pero volvió cinco minutos después. La orquesta estaba tocando una canción lenta.

—Necesito descansar un rato. ¿Quieres bailar conmigo, Carson?

—No me gusta bailar, ya lo sabes.

—No te gusta el rock, pero ésta es una canción lenta. Y tú bailas

canciones lentas. Te he visto.

—¿Cuándo? —la retó él.

—En mi boda. ¿No te acuerdas?

Lo recordaba. Recordaba haber pensado que nunca había visto a una mujer más radiante que Lori O'Neill.

—Pero no he vuelto a bailar desde entonces.

—Pues es como montar en bicicleta. Te acordarás, te lo prometo.

—¿Y si te piso?

—Me aguantaré —sonrió ella—. No creo que nadie te ofrezca un trato mejor, letrado.

—No, supongo que no —asintió Carson, tomándola por la cintura.

Le gustaba tenerla entre sus brazos. Le gustaba demasiado. Pero dejó que su imaginación lo llevara, empujada por un deseo que no tenía sitio en su relación. Aunque fuera sólo un momento.

¿Qué tenía que hacer para meterse eso en la cabeza?

Aparentemente, más de lo que estaba haciendo, pensó, respirando el aroma de su pelo.

—¿Marilyn Monroe y James Dean fueron pareja alguna vez?

—No que yo sepa —contestó Lori—. ¿Por qué?

—No, por nada.

Ah, de modo que tenía imaginación. Estaba empezando a aprender, pensó Lori. Pasito a pasito, pero ya era algo.

Eso era lo único que ella le pedía.

—Estoy mareada —dijo Lori, tras despedirse de Diane Jones.

C.J. había insistido en prestarle a su madre como niñera esa noche. Y Lori debía admitir que se sentía mucho mejor dejando a su hija en manos de alguien tan responsable. La señora Jones había criado a cinco niños, de modo que sabía todo lo que había que saber.

—Debe de ser por el segundo baile.

—Será el noveno. No has parado en toda la noche.

—Sí, estoy un poquito cansada, la verdad.

—No me extraña —dijo Carson mientras la observaba quitarse los zapatos. Aquella mujer era diminuta. Sí, como la dinamita—. Nunca había visto a nadie con tanta energía.

Eran las dos de la mañana y Lori llevaba prácticamente todo el día de pie.

—Ni una docena de hombres podría haberlo hecho mejor.

—Por supuesto —dijo ella, satisfecha.

—Siempre he pensado que las mujeres son más fuertes. Y más peligrosas.

—Estás pensando en tu ex mujer, ¿no? Carson se encogió de hombros mientras tiraba el cárdigan rojo en el sofá.

—Sólo era un comentario.

Ella no detestaba a mucha gente, pero detestaba a Jaclyn por el daño que le había hecho a su ex marido. La detestaba profundamente.

—No todas las mujeres son como ella.

—Da igual. No pienso hacer una encuesta.

—No tienes por qué hacerla.

—No, es verdad —contestó él, mirándola a los ojos.

Estaba hundiéndose otra vez, pensó. Perdiéndose otra vez. Tenía que ser más fuerte. Tenían una relación estupenda, una que él disfrutaba inmensamente y no quería estropearla. La mitad de algo era mejor que nada.

—Lori, yo creo que no deberíamos…

Demasiado tarde.

—Lo siento, Carson, yo no soy tan estricta como tú. No puedo decidir lo que voy a sentir por alguien de antemano o lo que voy a hacer si siento algo. Las cosas pasan.

Y le habían pasado. Por él.

Carson tenía que detener aquello antes de que acabara haciendo alguna estupidez. Antes de volver a besarla. Antes de arriesgar de nuevo el corazón.

—Pues quizá no deberían pasar.

Parecía preocupado, confuso. Y ella estaba asustada.

—Dime qué te pasa, Carson.

«¿Por qué es malo que tú y yo tengamos una relación?» 1) le habría gustado preguntar directamente.

Lori parecía triste. Vulnerable. Carson quería quedarse y consolarla, pero sabía que sería un error. Estaba peligrosamente cerca de cruzar el puente que no le permitiría volver atrás.

Tenía que irse antes de hacerlo.

—Mira, es muy tarde y la niña se despertará enseguida. Deberías descansar un rato. Hasta mañana.

—Me parece que eso va a ser imposible —murmuró Lori, mirando la puerta con los ojos llenos de lágrimas.

CAPÍTULO 12

LORI paseaba por el salón, incapaz de dormir. El reloj de la mesa indicaba la una de la mañana. Emma dormía en la habitación y ella también debería estar durmiendo, pero no podía. Llevaba varias noches sin dormir.

Y todo por culpa de Carson.

No había ido a su casa en toda la semana. Y en el trabajo era como si, de repente, se hubieran convertido en extraños. Así era como la trataba, amable, pero fríamente. Como si no hubieran estado a punto de empezar algo más íntimo, más profundo. Y eso la estaba volviendo loca.

No sabía cómo acercarse a él, cómo saltar aquella nueva barrera que había aparecido sin avisar. Podía verlo, pero no podía tocarlo. Ni siquiera podía hacerle sonreír.

¿Por qué?

Exasperada, entró en la cocina. Quizá un vaso de leche la ayudara a dormir, aunque no albergaba muchas esperanzas.

Metió el vaso de leche en el microondas y pulsó el botón con tanta fuerza que el horno se deslizó hacia atrás.

¿Habrían ido demasiado lejos? Aquella noche, después de la fiesta, cuando la había llevado a casa, ¿habría habido demasiadas emociones entre ellos?

¿Se habría apartado Carson porque el riesgo le parecía demasiado grande?

El timbre del microondas sonó y Lori sacó el vaso de leche.

Si ella estaba dispuesta a arriesgarse, ¿por qué no lo estaba él? Todo el mundo se arriesgaba en la vida, en el amor, en el trabajo. Era un riesgo salir de casa por las mañanas. Algunas personas no volvían nunca, pero la mayoría sí.

¿Por qué no podía Carson pensar de esa forma?

Si lo intentaran… sólo había que intentarlo.

Lori tomó un sorbo de leche y se quemó la lengua. Disgustada, tiró el resto al fregadero.

Él no lo estaba intentando. En absoluto. Y ella estaba cansada de tomar la iniciativa. No era eso lo que le dolía, sino el rechazo.

Lori apretó los labios. Los momentos drásticos exigían medidas drásticas.

Había intentado de todo para llamar su atención. Sólo quedaba una cosa por hacer.

No había querido hacerlo, pero Carson no le dejaba alternativa. Tenía que echar el resto, arriesgarse.

Quizá lo perdiera todo.

Pero no sabía qué otra cosa podía hacer.

Carson estaba sentado en el patio, mirando la luna llena que también estaba haciendo compañía a Lori. Aunque él no lo sabía, tampoco ella podía dormir.

Llevaba toda la semana tan ocupado que debería caer rendido en la cama.

Pero no era así. No, porque había algo que no dejaba de dar vueltas en su cabeza.

Lori. Su deseo por Lori. Cada día crecía más, cada día era más urgente y Carson no sabía qué hacer.

Le daba pánico, así de simple.

El no era un hombre que se asustara fácilmente. Carson quería pensar de sí mismo que era un hombre acostumbrado a enfrentarse de cara con las cosas. Y era cierto. Lo había hecho.

Hasta aquel momento.

Pero aquello era diferente. Si se arriesgaba, perdería algo que no quería perder nunca más: su corazón. El corazón era un órgano muy frágil, uno al que debía proteger.

Aun así, había sucumbido.

Por culpa de Lori.

No podía engañarse a sí mismo. Se dijera lo que se dijera, estaba enamorado de ella.

Absolutamente enamorado.

Y sabía dónde llevaba eso. Al sufrimiento. A él no se le daban bien las relaciones sentimentales.

Las cicatrices de su última relación habían curado por fin. Pero, ¿qué pasaría si ocurriera lo mismo con Lori? ¿Podrían curar? ¿Y si le decía a Lori lo que sentía y ella se reía o lo miraba con compasión? ¿Y si ella no sentía nada?

Las cosas no volverían a ser como antes.

¿Y si lo intentaban y no llegaban a ningún sitio? Carson no podría soportarlo. No podría soportar otra desilusión 0 perderla. Los amigos que se convertían en amantes siempre dejaban de ser amigos, por muchas promesas que se hicieran.

Y él no quería perderla.

Era mejor así, se dijo. Si no se arriesgaba, no la perdería.

Sentado tras su escritorio, Carson miraba a Rhonda como si la viera por primera vez. Ella estaba contestando a una pregunta, pero Carson no recordaba una sola palabra.

Durante un segundo se sintió confinado, como si la oficina fuera demasiado pequeña y no pudiera respirar…

Como si se hubiera convertido en un ataúd.

¿Qué le estaba pasando?

Tras una semana jugando al escondite con Lori, tenía que hablar con ella. Urgentemente.

Habían llegado los ordenadores para el centro y como aquél era su proyecto no podía dejar que ella no estuviera presente mientras los instalaban.

Pero, pensando que sería mejor no estar a solas con ella, le había pedido a Rhonda que la llamase. Con Rhonda a su lado no podrían besarse, no podrían hablar de temas íntimos.

Pero su ayudante le contestó que eso no era posible.

—¿Cómo? ¿Es que no ha venido a trabajar?

Rhonda, como era su costumbre, metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—No.

Para ser alguien a quien le gustaba tanto cotillear, estaba muy discreta aquella mañana.

—¿Y ha llamado por teléfono? ¿No se encuentra bien?

—No —contestó Rhonda, sacando un sobre del bolsillo—. Anoche me dio esto para usted.

—¿Anoche? —repitió Carson, mirando el sobre—. ¿Y por qué no me lo has dado antes?

—Porque Lori me hizo prometer que no se lo daría hasta que preguntase por ella. Y pensaba que tardaría un par de días.

Aquello era absurdo.

—¿Pensó que no me daría cuenta de que no venía a trabajar?

Rhonda se encogió de hombros. Pero en sus ojos había una clara acusación.

—Eso fue lo que me dijo.

Carson murmuró algo ininteligible mientras abría el sobre. En la nota que encontró dentro sólo había dos frases: «TÚ ganas. Abandono». Carson volvió a leer el mensaje un par de veces, incrédulo. ¿Qué era aquello, un juego?

—Dice que abandona.

—Sí, lo sé —murmuró Rhonda—. ¿Eso significa que tendré que trabajar más horas? Porque si es así, tendrá que subirme el sueldo…

Carson no quería hablar de sueldos, ni de horas, ni de nada.

—Ya te llamaré. Sigue con lo tuyo.

Luego se quedó mirando el papel. Las palabras que había escritas eran frías, austeras. Lori ni siquiera daba una explicación para su marcha. Carson estaba furioso. Pero no debería estar lo, debería sentirse aliviado: En el fondo, aquélla era la solución. Era lo mejor, sí. Porque no sabía cuánto tiempo iba a aguantar.

Si no dejaban de encontrarse, como ocurriría inevitablemente en el trabajo, sabía que sólo era una cuestión de tiempo que volviese a hacer una tontería.

Una cuestión de tiempo antes de rendirse para olvidar el dolor que lo acompañaba a todas partes. La soledad que llevaba años acompañándolo.

Se había arriesgado una vez, por razones nobles. Lo había arriesgado todo para mantener el centro abierto. Y había conseguido perder a su esposa.

Un riesgo de ese tipo era más que suficiente en la vida.

Tenía que recordar eso.

Lentamente, Carson abrió el cajón y sacó una carpeta en la que guardó la carta de dimisión de Lori.

Eso era todo.

Luego cerró el cajón con más fuerza de la necesaria.

Pensó que se le pasaría, pero no fue así.

Tenía que hacer un esfuerzo para levantarse cada mañana.

No tener cerca a Lori, saber que no volvería a tenerla cerca, hacía que el anhelo de volver a verla fuera insoportable.

Nada le interesaba.

Ni siquiera reparar su Buick Skylark lograba animarlo. Trabajar en aquel coche había sido lo único que lo había ayudado a seguir viviendo después de que Jaclyn se llevara a su hija. Había estado horas y horas en el garaje cuando murió su hermano… Pero ahora no. Ahora eso no sera vía de nada. Ni visitar a Sandy, que preguntó por Lori y por Emma. Ni su trabajo. Nada.

Tirando el trapo con el que estaba puliendo el capó, Carson fue a buscar las llaves de la camioneta.

Sabía lo que tenía que hacer.

Alguien estaba apoyado en el timbre. No llamando al timbre, sino apoyado en él. Lori encendió el intercomunicador antes de salir de la cocina y corrió hacia la puerta para que el pesado no despertase a Emma.

La última persona a la que esperaba ver estaba en el porche.

Carson llevaba unos vaqueros gastados, manchados de pintura, y una camiseta vieja. Parecía una estrella de cine buscando una groupie.

—No sabía que un ser humano pudiera pasarlo tan mal y seguir viviendo —dijo a modo de saludo.

Lori intentó que su pulso volviera al ritmo normal mientras cerraba la puerta. Había perdido la esperanza de que fuera a buscarla. Habían pasado tres días desde que le había dado a Rhonda el sobre con su nota de dimisión…

—¿De qué estás hablando?

—¿Por qué no estás en el centro?

Ella levantó la barbilla, desafiante.

—¿No te acuerdas? He dimitido.

Sí, se acordaba. Se acordaba perfectamente. ¿Cómo no iba a acordarse si no había dejado de pensar en, ello durante tres días? Había levantado el teléfono para llamarla muchas veces, pero…

—¿Qué piensas hacer para pagar las facturas?

De modo que era así, seguía haciendo el papel de hermano mayor.

Pero ella no quería un hermano, quería un hombre.

—No te preocupes por mí.

—¿Cómo vas a pagar las facturas? —repitió Carson.

—Sherry le ha enseñado mi trabajo a John Adair, su novio, y le ha gustado tanto que me ha ofrecido un puesto como diseñadora gráfica en su empresa —contestó Lori—. Me paga un sueldo estupendo y, además, puedo trabajar en casa y estar con mi hija. Así que ya ves, es perfecto.

Todo era perfecto para ella. Pero no para él, que se estaba muriendo por dentro.

—Los chicos del centro te echan de menos. «¿Y tú? ¿Tú me echas de menos?»

—Yo también —dijo Lori—. Pero puedo ir los domingos para echar una mano.

—Yo no voy al centro los domingos.

—Ya lo sé. ¿No es eso lo que quieres?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres, Carson O'Neill? Porque yo no te entiendo. Y que te rechacen veinte veces no es agradable para nadie.

—Yo no te he rechazado…

—¿No?

—Maldita sea, Lori…

—Puede que esté exagerando el número de veces, pero no la situación. Además, deberías conocerme…

—¡Claro que te conozco! ¡Te conozco mejor de lo que crees!

—¿Ah, sí?

—Sé por qué te brillan los ojos, qué te hace feliz, qué cosas detestas. Sé mucho sobre ti, Lori. Sé cómo caminas… hasta puedo reconocer tus pasos cada vez que los oigo. Sé lo fuerte que eres y sé que tu sonrisa es como el sol, que lo ilumina todo.

Durante un, momento se quedaron en silencio.

—En fin, desde luego sabes dejar a una chica sin palabras.

Carson quería tomarla entre sus brazos, besarla hasta quedarse sin aire, hasta que se le doblaran las rodillas, pero tenía miedo. Miedo de que fuera demasiado tarde. De modo que se quedó parado, sin saber qué hacer.

—No quiero dejarte sin palabras, Lori. Pero ya no puedo… no sé qué hacer. Nada está bien sin ti. No tiene sentido levantarse cada día si no voy a verte.

—¿Qué estás diciendo, Carson? —preguntó ella.

—Esperaba que tú lo dijeras por mí.

Pero Lori no pensaba ponérselo tan fácil.

—No quiero poner palabras en tu boca. Tienes que decirlo tú. Tienes que decir lo que sientes. Necesito oírlo de tus labios, Carson.

—Ya sabes lo que voy a decir.

—Da igual. Tengo que oírlo para saber que no son imaginaciones mías. Tú siempre has dicho que tengo demasiada imaginación, ¿no?

—Tú sabes lo que hay en mi corazón, Lori.

¿Lo sabía?

A lo mejor estaba equivocada. A lo mejor lo que Carson echaba de menos era la amistad, el compañerismo que había entre los dos.

—¿Cómo voy a saber lo que hay en tu corazón si tú no me lo dices? Tengo que oír esas palabras, Carson…

Él respiró profundamente antes de saltar al precipicio. Antes de arriesgarlo todo otra vez.

—Te quiero.

—Dilo otra vez.

—Te quiero, Lori.

—Más alto.

—No quiero despertar a Emma.

—Emma estaría encantada si la despertases —sonrió Lori—. También te ha echado de menos, ¿sabes?

A Carson se le encogió el corazón.

—Te quiero, amor mío —dijo, esperando una respuesta—. ¿No vas a decir nada?

Ella lo miró entonces, con una sonrisa en los labios.

—Ya era hora.

Carson rió.

—¿No vas a decir nada más?
—Ya sabes lo que voy a decir.
—No, tengo que oír esas palabras.
—Te quiero, Carson O'Neill —sonrió Lori—. Te quiero a pesar de que eres un cabezota y un pesimista insoportable. Te quiero porque eres generoso, porque eres un hombre de palabra… y porque besas mejor que nadie en el mundo, claro.
Eso lo hizo reír.
—¿Cómo lo sabes? Supongo que no has besado a todo el mundo.
—¿Quieres que lo haga?
—¡No! —exclamó él, tomándola por la cintura—. No quiero que beses a nadie más que a mí.
—Vaya, Carson, ¿no serás un hombre celoso?
—Mucho. No lo había sido nunca, pero ahora sí.
—¿Por qué?
—Porque ahora eres mía y sólo mía.
—¿y?
—Y yo soy tuyo y sólo tuyo.
—A mí esto me suena oficial —rió Lori.
—Lo será, cuando estemos casados. Lori O'Neill, ¿quieres ser mi esposa?
Ella se aclaró la garganta para disimular que estaba a punto de llorar.
—¿Tú qué crees?
—Yo no creo nada.
—Pero es algo que se da por sentado…,
—A partir de ahora no se da nada por sentado. Lo quiero todo bien clarito. ¿Quieres ser mi esposa, amor mío?
—Sí, sí, sí, sí…
A pesar de todo, Carson había estado conteniendo el aliento hasta aquel instante. Y cuando
Lori aceptó casarse con él, dejó escapar un suspiro con el que pareció irse toda su tristeza, toda su soledad.
—Supongo que tú te encargarás de todo. Esas cosas se te dan bien.
Pero Lori no pensaba caer en la trampa.
—De eso nada. A partir de ahora, lo haremos todo juntos.
A Carson le pareció un trato estupendo. Y que lo sellaran con un

beso apasionado seguramente tuvo algo que ver.